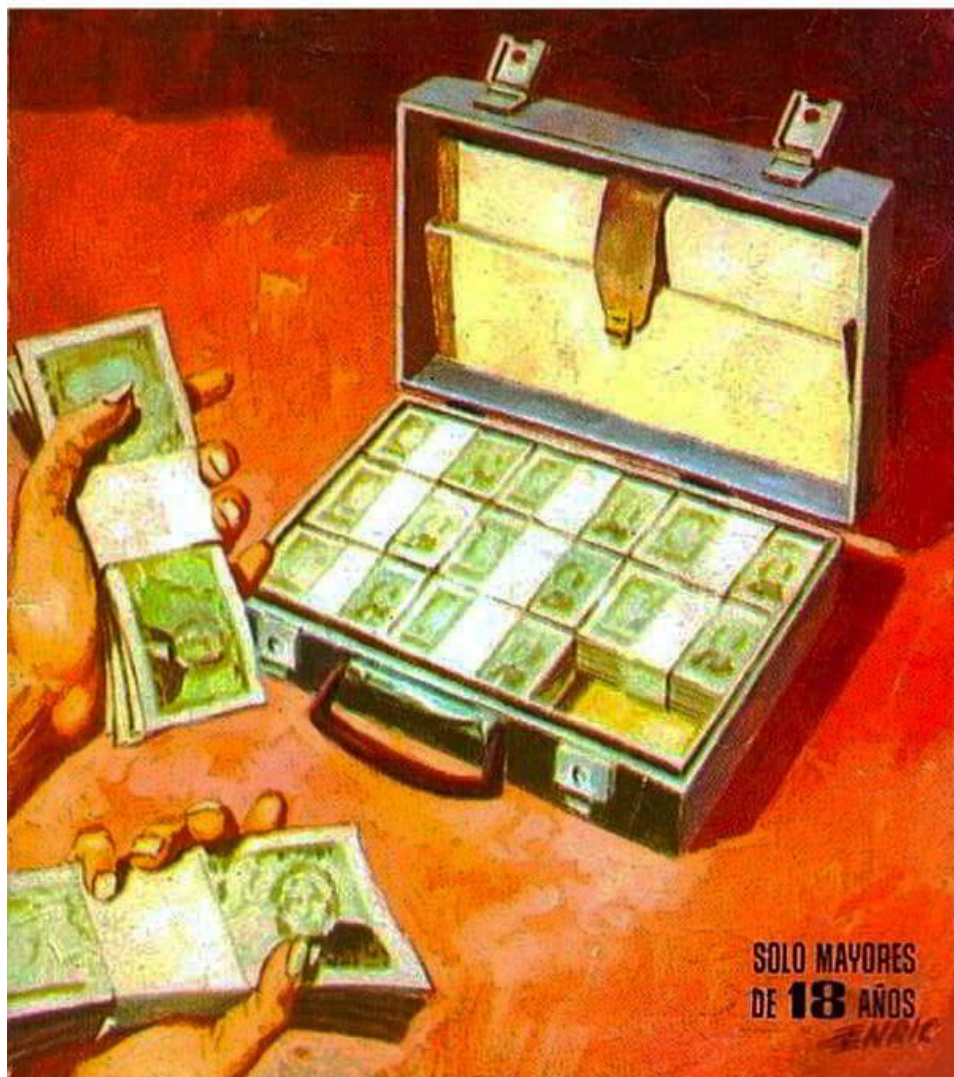


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

COMO GASTAR UN MILLON DE DOLARES

Clark Carrados



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

ENRIC

Tenía el pelo revuelto, un poco largo, la barba de una semana y sus ropas, cazadora, camiseta oscura cerrada, pantalones vaqueros y zapatillas de deporte, no estaban precisamente en sus mejores momentos. Aunque era alto y bien proporcionado, Chester Quarry, más conocido entre sus amigos por el sobrenombre de Pop, ofrecía en aquellos instantes la viva estampa de un mendigo.

A Quarry le tenía sin cuidado su aspecto personal. Estaba parado en la acera, junto al semáforo, esperando a que hubiese luz para peatones. Entonces fue cuando vio la billetera caída en el suelo, a poca distancia de un recipiente público para papeles y otros objetos desechables.

Le picó la curiosidad. Había muy poca gente en aquel lugar y se inclinó sin aparente esfuerzo. La billetera, apreció de inmediato, era de muy buena piel y parecía poco menos que recién estrenada.



Clark Carrados

Cómo gastar un millón de dólares

Bolsilibros - Punto rojo - 1005

ePub r1.0

Lds 12.01.18

Título original: *Cómo gastar un millón de dólares*

Clark Carrados, 1981

Colección PUNTO ROJO n.º 1005. Bruguera – 1981

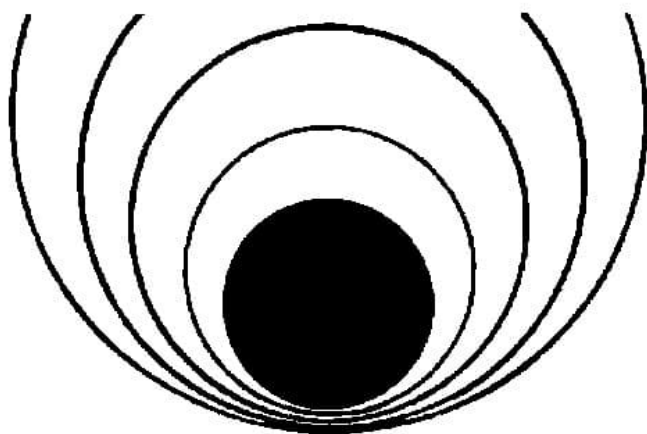
Colección PUNTO ROJO n.º 40. Ediciones B – 1993

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





PUNTO ROJO

CAPÍTULO PRIMERO

Tenía el pelo revuelto, un poco largo, la barba de una semana y sus ropas, cazadora, camiseta oscura cerrada, pantalones vaqueros y zapatillas de deporte, no estaban precisamente en sus mejores momentos. Aunque era alto y bien proporcionado, Chester Quarry, más conocido entre sus amigos por el sobrenombre de Pop, ofrecía en aquellos instantes la viva estampa de un mendigo.

A Quarry le tenía sin cuidado su aspecto personal. Estaba parado en la acera, junto al semáforo, esperando a que hubiese luz para peatones. Entonces fue cuando vio la billetera caída en el suelo, a poca distancia de un recipiente público para papeles y otros objetos desechables.

Le picó la curiosidad. Había muy poca gente en aquel lugar y se inclinó sin aparente esfuerzo. La billetera, apreció de inmediato, era de muy buena piel y parecía poco menos que recién estrenada.

Estaba bastante abultada. En uno de los ángulos vio dos iniciales de oro: B. P. Cuando quiso indagar más, sintió en el costado izquierdo el duro contacto de una porra.

—Circule, amigo —dijo un policía de severo aspecto—. Y no se le ocurra pedir limosna o me lo llevaré arrestado.

Quarry sonrió, a la vez que se tocaba la sien izquierda con el índice.

—¡Jawohl, mein Führer! —contestó burlonamente.

Pero no llevaba botas y no pudo dar el taconazo, como habría sido su deseo. Se metió la billetera en la pretina del pantalón y, como ya tenía luz verde, cruzó la acera con paso largo y elástico.

Al llegar a la otra acera, una dama en los linderos de la madurez; pero todavía muy apetecible, le miró casi como si fuese una tabla de salvación para sus ansias amorosas. Sonrió, le guiñó un

ojo y luego emitió un silbido de admiración.

Quarry hizo un gesto reprobatorio y volvió la cabeza ostensiblemente.

—¡Mujeres, qué asco! —dijo, con fingida voz aflautada. La dama respingó. Quarry siguió andando.

Un poco más adelante, vio un taxi libre y llamó la atención del conductor. Una vez en el asiento posterior, sacó la billetera y empezó a examinar su contenido.

Pertenecía a una tal Beryl Pawin, cuyo permiso de conducción y tarjeta de Seguros Sociales estaban en uno de los departamentos. Quarry vio también un trocito de papel con media docena de nombres, sus direcciones y números de teléfonos. También vio algo que le dejó sin respiración.

En el departamento correspondiente al dinero había nada menos que doce billetes de mil dólares, flamantes, nuevos por completo. Durante unos segundos, Quarry se negó a dar crédito a sus ojos.

Tocó uno de los billetes. Parecía legítimo. Los falsificadores, además, se dijo, no suelen fabricar papel moneda de alta denominación. ¿Cómo había podido ser tan descuidada la dueña de la billetera?

Durante unos segundos, permaneció indeciso. Luego, de repente, adelantó un poco el torso.

—He cambiado de opinión —dijo al taxista—. Lléveme a los Apartamentos Goldcrest, en la Sexta, número cuatro mil doscientos ochenta.

—Yo también he cambiado de opinión —contestó el chófer—. ¿Tiene la «pasta» suficiente para llevarle hasta allí?

—A decir verdad, pensaba pedirle una limosna. Estoy sin blanca...

El coche se desvió inmediatamente hacia la acera. Quarry sonrió, a la vez que agitaba un billete de veinte dólares delante de la cara del sujeto.

—Era una broma —explicó.

El taxista emitió un gruñido y siguió su camino. Diez minutos más tarde, se detuvo frente a un edificio de quince plantas.

—Aquí es —indicó.

Quarry abonó el importe de la carrera. Saltó fuera del coche, cruzó la acera y se metió sin vacilar en el edificio. El conserje le

miró con aire de enojo, pero no pudo decir nada, porque Quarry estaba ya en el interior de uno de los ascensores.

Beryl Pawin vivía en el apartamento

9 D.

El ascensor se detuvo en la planta novena y salió fuera. No había nadie en el pasillo en aquellos momentos.

Buscó la puerta señalada con la letra D y tocó con los nudillos. Nadie le contestó. Insistió en las llamadas. De pronto, vio que la puerta cedía ligeramente.

Empujó un poco más. Entonces, se sobresaltó.

El interior del apartamento ofrecía un aspecto terrible. Parecía un campo de batalla, devastado por la acción bélica de dos contendientes irreductibles.

—Cielos, parece que haya pasado un tornado —murmuró. Elevó la voz un poco:

—¡Señora Pawin!

No hubo respuesta. Intrigado, Quarry avanzó hacia la próxima puerta, que estaba entreabierta, y terminó de abrirla. Entonces fue cuando vio a la dueña de la billetera.

Estaba en la cama, desnuda, y tenía un agujerito de color rojo oscuro en el centro del pecho. Había brotado un hilo de sangre, que corría hacia un costado, y el contraste entre el color de la epidermis, ya completamente blanca, y el de la sangre, resultaba estremecedor.

Quarry apreció una toalla en el suelo. Sin duda, Beryl había sido sorprendida en el momento de salir del baño. O cuando iba a entrar en él, no se podía saber con certeza. Lo que sí parecía seguro era que el disparo la había derribado sobre la cama, ya que estaba cruzada, aunque en sentido oblicuo. La muerte, calculó, debió de haber sido instantánea.

Cuando se hubo recobrado, avanzó un paso más. Entonces fue cuando percibió a sus espaldas el acechante rumor de una respiración agitada.

Intentó volverse, pero ya era tarde. Algo duro chocó contra su cráneo y vio miles de estrellas. Sintió qué iba a caerse, manoteó desesperadamente para buscar un asidero, pero todo fue inútil y acabó en la alfombra, que amortiguó el choque. Luego todo fue silencio a su alrededor.

Despertó, notando oleadas de dolor que iban y venían intermitentemente. Lanzó un gemido y, al intentar moverse, apreció que sentía vértigos, por lo que decidió continuar en la misma postura. Mantuvo los ojos cerrados, porque se sentía incapaz de enfrentar sus retinas con la luz que penetraba por una ventana próxima. Tuvo que dejar pasar casi un cuarto de hora antes de atreverse a hacer el menor movimiento.

Entonces, con gran sorpresa por su parte, se dio cuenta de que estaba tendido en un diván. Se incorporó un poco. ¿Quién le había traído hasta la sala del apartamento?

Se sentó en el sofá y sacudió la cabeza.

—Me han dado un buen porrazo —masculló, a la vez que rozaba con las yemas de sus dedos el bulto que tenía justo detrás de la oreja.

Eso le pasaba, se quejó, por comportarse servicialmente, en lugar de entregar la billetera en el primer puesto de policía. De pronto, recordó su contenido y, alarmado, llevó una mano a la pretina. «Bien, por lo menos, el tipo no se la ha llevado», pensó.

Pero la dueña estaba muerta. Sin duda, había sorprendido al asesino y éste había decidido evitar inconvenientes, atacándole por detrás. Bueno, ahora llamaría a la policía y...

Súbitamente, se quedó paralizado de asombro.

Con ojos incrédulos, miró a su alrededor, preguntándose, si estaba en el mismo apartamento en que se había cometido el crimen. Todo aparecía en orden, cada cosa en su sitio y no había el menor rastro de la devastación que había apreciado a su llegada.

De pronto, antes de que pudiera encontrar una explicación lógica para aquel extraño suceso, vio que se abría la puerta y que una cabeza de mujer aparecía por el hueco.

—¿Se puede? —dijo ella. Quarry hizo un ademán.

—Entre —invitó.

La mujer terminó de abrir la puerta. Era una muchacha de poco más de veinte años, alta, de fina silueta, cabellos oscuros, cortos, y ojos grises, casi verdosos. Parecían pupilas de gato y algo en sus movimientos le recordó a Quarry los movimientos de un felino, sobre todo, si se fijaba en su indumentaria, una especie de mono

muy ajustado al cuerpo, con unos estrambóticos dibujos a rayas grises, negras y anaranjadas.

—¿Es usted el señor Pawin? —preguntó la recién llegada.

—No. Me llamo Quarry, Chester William Rogers Quarry. ¿Su nombre, señora?

—Fanny Overland y soy soltera. He venido a hablar con la señora Pawin. Es éste su apartamento, supongo —dijo la chica.

—Si es el

9 D,

desde luego, aunque me temo que no podrá hablar con la señora Pawin.

—¿Por qué?

Quarry la miró de hito en hito. Parecía una joven resuelta. En todo caso, se dijo, le convenía estudiar sus reacciones.

—¿Le asustan los cadáveres, señorita Overland? —preguntó.

—Los vivos me asustan. Los muertos..., impresionan un poco, es cierto, pero cuando alguien ha muerto, ya no hace daño a nadie.

Quarry señaló con la mano izquierda la puerta del dormitorio.

—Entre y vea el cadáver de Beryl Pawin —indicó. Fanny respingó.

—Oiga, no bromea...

—Esto es demasiado serio, señorita —dijo él de mal talante—. Haga lo que le digo.

—Muy bien...

Los altos tacones de la chica repiquetearon brevemente. Fanny desapareció unos instantes de la vista de Quarry. Luego volvió a hacerse visible.

—Le gusta burlarse de la gente, ¿eh? —dijo, muy irritada.

—¿Cómo? —se extrañó él.

—Señor Quarry, ¿quiere decirme de una vez dónde está la señora Pawin? —preguntó ella con gélido acento.

El joven se puso en pie. Cruzó la sala, se asomó al dormitorio y lanzó un gemido.

—Oh, no...

—No, ¿qué? —dijo Fanny.

Quarry se pasó una mano por la cara.

—La vi en esa cama, desnuda, con un tiro en el corazón... —De pronto, consultó su reloj—. ¡Rayos, han pasado casi tres horas! —

exclamó.

Miró de nuevo a todas partes. No había el menor indicio de que en aquella casa se hubiese cometido un crimen. El orden era absoluto.

Durante unos segundos, se sintió desconcertado. Luego, sin hacer caso de las preguntas que Fanny le dirigía constantemente, recorrió el apartamento, sin dejar el menor rincón. Exploró incluso el frigorífico, pero en ninguna parte pudo hallar el menor rastro de la muerta.

Fanny esperaba, con la indignación reflejada en su bonito rostro.

—¿Y bien? —dijo, cuando vio que él había terminado su recorrido.

—No me importa que no me crea, puesto que no tengo pruebas en qué apoyar mis afirmaciones, pero le aseguro que cuando llegué, poco después de las diez de la mañana, la casa era un desastre. Todo estaba revuelto y la señora Pawin había sido asesinada. Vi su cadáver; no había bebido en absoluto y no soy propenso a alucinaciones. Entonces, alguien me golpeó, haciéndome perder el sentido...

De pronto, le volvió la espalda.

—Toque, aquí, detrás de la oreja derecha. Tengo un bulto más que regular, señorita —añadió. Fanny rozó con sus dedos el chichón producido por el golpe.

—Parece que habla en serio —admitió—: Pero si Beryl fue asesinada, ¿quién lo hizo?

—Pregúntese mejor quién ordenó el apartamento y se llevó el cadáver —respondió Quarry, sin recobrar todavía el buen humor que era habitual en él—. Y, a propósito, ¿conocería usted a Beryl Pawin?

—No —respondió la chica.

—Entonces, ¿por qué vino a verla?

—Eso es cosa de mi incumbencia, señor Quarry. Bien, puesto que la señora Pawin no da señales de vida...

—No puede darlas si está muerta —la interrumpió él sarcásticamente.

—En tal caso —dijo Fanny, sin hacer caso de la burla—, yo me marchó. Aquí no tengo nada que hacer. Y no puedo decir que haya sido un placer haberle conocido. ¡Adiós, señor Quarry!

Fanny se marchó, con vivo taconeo. Quarry quedó en el mismo sitio, sumido en la más absoluta perplejidad.

¿Quién había asesinado a Beryl Pawin? ¿Por qué se habían llevado su cadáver después de ordenar el apartamento?

Como se sentía incapaz de encontrar las respuestas adecuadas, acabó por encogerse de hombros y siguió la misma ruta que Fanny Overland.

CAPÍTULO II

Por la noche, en la soledad de su despacho, examinó la billetera más a fondo. Todo estaba exactamente igual que cuando la había visto por primera vez. Los documentos, la nota con las direcciones y los doce mil dólares, en doce billetes. ¿Qué había sido de Beryl Pawin? ¿Cómo había llegado semejante cantidad de dinero a su poder?

Y, ¿cómo había podido ser tan descuidada para perderla?

Había también algo que le tenía muy intrigado. El hombre que le había atacado, había tenido la suficiente consideración para llevarlo al diván y dejarlo allí, mientras él se dedicaba a arreglar el piso y luego, de algún modo que no podía imaginar, se llevaba el cadáver de Beryl. ¿Cómo no se le había ocurrido registrarle? En tal caso, habría visto la billetera y...

Era mejor no pensar en ello, se dijo finalmente. Aunque le había picado la curiosidad y... Sacó el papel con la lista de seis nombres y lo examinó con toda atención.

El primer nombre de la lista era Vivian Eckman. Indudablemente, conocía a Beryl. ¿Por qué no hablar con ella?

—Mañana —decidió finalmente.

Al día siguiente, permaneció en la cama más de lo habitual. Luego, desayunó. Ya se había afeitado y ahora ofrecía un aspecto menos desastroso que la víspera. Salió, fue a una peluquería, hizo que le acortasen los cabellos y luego, al filo de las doce, llamó a la puerta del apartamento donde residía Vivian Eckman.

Una mujer apareció instantes más tarde y le miró con curiosidad.

—¿Sí?

—¿Vivían Eckman? —preguntó Quarry.

—En efecto.

Quarry estudió a la mujer unos instantes. Rubia, teñida, no cabía duda, treinta y cinco años, opulenta, con indudables señales de continuas derrotas en su régimen dietético, pero tremendamente atractiva. Vestía una bata corta, de seda, con dibujos orientales y mangas muy anchas. El borde inferior de la bata quedaba diez centímetros por encima de las rodillas.

—Deseo hablar. Con usted acerca de Beryl Pawin —dijo, tras una leve pausa.

—Ah, Beryl Pawin... Pase, señor...

—Quarry, Chester Quarry, señora Eckman.

—Me divorcié. Soy soltera de nuevo —dijo ella, orgullosamente.

—Perdón...

Vivían se acercó a una consola.

—¿Desea algo de beber? —ofreció.

—No, muchas gracias. ¿Qué puede decirme acerca de Beryl, señorita Eckman?

—¿Le asustan las palabras fuertes, amigo mío? Quarry sonrió.

—Tengo tres años de servicio militar a las costillas. Durante un año, conduje camiones pesados. Hable sin temor, se lo ruego.

—Es una zorra repugnante, el alcaloide de la porquería, con cuerpo de mujer. ¿Algo más?

—Sí.

—¿Qué, señor Quarry?

—Cuando califica así a Beryl, es que tiene sus motivos para ello.

—Y usted, ¿cuáles son sus motivos?

—Aguda pregunta, señorita. Tengo... ciertas relaciones con ella, y no precisamente amorosas.

—¿De negocios?

Quarry hizo un gesto vago. No necesitaba añadir más.

—Yo también tenía relaciones de negocios con ella —manifestó Vivian.

—Oh... ¿No puede decirme nada más? Ella sonrió.

—Lo siento.

—Me gustaría saber dónde puedo encontrarla, señorita Eckman.

—Vaya a su casa...

—Está ausente.

—En tal caso, no puedo decirle nada más, señor Quarry.

—Lamento haberla molestado —se disculpó él.

—Al contrario, ha sido un placer.

Quarry se encaminó hacia la puerta. Vivian le llamó de pronto.

—Por favor...

El joven se volvió.

—Dígame, señorita Eckman:

—Llámeme Vivian —indicó ella insinuantemente—. ¿Tiene mucha prisa? Quarry comprendió en el acto el sentido de la pregunta.

—Bastante —repuso.

—Qué lástima...

—Quizá venga otro día...

—En tal caso, llámeme por teléfono. No me gustaría tener que darle con la puerta en las narices. Hoy, casualmente, no tenía nada que hacer. De otro modo, no habría podido recibirle, ¿comprende?

Quarry asintió. Sí, lo comprendía perfectamente. Era fácil adivinar la «profesión» de Vivian. Aunque, desde luego, lo era de «alto rango». Un apartamento caro, lujosamente decorado, detalles refinados...

—Usaré el teléfono —sonrió.

Y cuando abrió la puerta alguien, inesperadamente, irrumpió como una tromba.

—¡Vivian, maldita! —gritó el recién llegado—. ¿Qué le has contado a Beryl acerca de nosotros dos?

* * *

Quarry, sorprendido por la súbita irrupción del hombre, se echó a un lado. Desde su sitio, pudo ver la súbita palidez de Vivian, que parecía haber perdido la serenidad en un santiamén.

—Jack, no... no sé a qué te refieres... —balbuceó.

—Demasiado lo sabes, especie de zorra...

De pronto, el hombre se dio cuenta de que había alguien más en el apartamento y se volvió.

—¡Por todos los diablos! —exclamó—. ¿Qué haces aquí, Pop? Quarry emitió una sonrisa de circunstancias.

—Ya ves, Jack Matthis —contestó—. Esta parada del autobús está muy concurrida, ¿verdad?

Matthis era un hombre joven, bien parecido, un par de años mayor que Quarry. Al oír la respuesta de éste, se congestionó.

—No estoy para bromas, Pop —gruñó—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú, Jack? Vivian reaccionó.

—Pero ¿es que se conocen? —preguntó.

—Sí, aunque eso no debiera importarte a ti, maldita parlanchina. ¿Por qué tuviste que contarle, a Beryl lo nuestro? ¿Qué le importaba a ella el asunto, vamos a ver?

—Jack, te lo juro, ella me obligó... —se disculpó Vivian, casi llorando.

—No te creo, no puedo creerte. Maldita sea, ¿qué comisión te dio por tus chivatazos? ¿Es que no tenías bastante con lo que te daba yo, eh?

Vivian alargó las manos.

—Déjame que te explique —rogó—. Yo...

—No hables más, no quiero seguir escuchando mentiras. Beryl pretende exprimirme como a un limón maduro, pero está muy equivocada si cree que me va a sacar un centavo. En cuanto a ti... Ven, preciosa, acércate.

La rubia obedeció, forzando una sonrisa. Bruscamente, Matthis movió las dos manos en rápida sucesión. Sonaron dos secos chasquidos; a los que siguió un agudo grito. Vivian cayó de espaldas, con las piernas por alto. Quarry, muy complacido, apreció que la bata era lo único que cubría su cuerpo abundantemente pródigo en curvas.

—Dile a Beryl cuál es mi respuesta —concluyó el airado Matthis, a la vez que giraba en redondo—. ¿Te quedas, Pop? —consultó.

—Oh, no, en absoluto...

Los dos hombres entraron en el ascensor. Todavía muy agitado, Matthis dijo:

—He estado liado con esa zorra una temporada. Confieso que es una mujer muy apasionada y, al mismo tiempo, muy dulce. Por eso llegué a... bueno, casi me enamoré de ella...

—Pero tú estás casado. June es guapísima —alegó Quarry, que conocía a la esposa de Matthis.

—Tú no la conoces bien. Tiene un genio insoportable, aunque creo que las cosas van a cambiar a partir de ahora.

—¿Ah, sí?

—Beryl Pawin intentó hacerme chantaje. No cabe duda de que Vivían es una de sus informadoras. Hice investigar y supe que Beryl se dedica a casos como el mío.

—Chantajista profesional.

—Exacto. Bueno, hace menos de una semana me llamó, nos encontramos y entonces me pidió cincuenta mil dólares por mi silencio. Yo la envié al diablo; ceder una vez ante un chantajista es lo mismo que abrir el grifo y dejarlo así.

—Hiciste bien. ¿Qué pasó entonces?

El ascensor había llegado ya a la planta baja. Cruzaron el vestíbulo.

—Bueno, Beryl cumplió su palabra y se lo contó por carta a June. Mi esposa me pidió explicaciones. Tuvimos una escena violentísima. Por primera vez, yo me rebelé y le dije qué sé yo cuántas cosas. La verdad es que si no hubiera sido por su genio, yo no me habría fijado siquiera en Vivían.

—Preveo inminente el divorcio, Jack. Matthis se detuvo y sonrió.

—No lo creas. June está ahora mansa como un gatito. Se ha dado cuenta de que, con sus intemperancias, estuvo a punto de perderme. Y, lo que es mejor todavía: mi suegra ha levantado el vuelo y, por primera vez, después de la luna de miel, nos ha dejado solos.

—Bueno, entonces, tendrás que darle las gracias a Beryl por el chivatazo...

—No quiero ni oír hablar de ella en los días de mi vida. Por cierto, ¿qué fuiste tú a hacer en casa de Vivian? —preguntó Matthis.

—Oh, tenía cosas que preguntarle... Nada de importancia, Jack.

—Pop, no eres sincero conmigo, pero no me importa. Me alegro de haberte visto. Y ten cuidado con Vivian.

Quarry sonrió. Matthis se alejó en su coche segundos más tarde.

Una entrevista sumamente satisfactoria. La casualidad, además, le había llevado a corroborar sus sospechas acerca de Vivian Eckman. Seguramente, Matthis no era un amante único. Así obtenía buenos ingresos y, a la vez, si el hombre merecía la pena, proporcionaba informes a Beryl y conseguía una comisión.

En tal caso, ¿perteneían las cinco restantes personas a la red de

informadores de Beryl? Valía la pena investigarlo, decidió finalmente.

Al cabo de unos segundos, encendió un cigarro. Abrió la portezuela del coche y se sentó tras el volante, sin tiempo para salir nuevamente.

A su derecha había un tipo sonriente que le apuntaba con una pistola. Otro, en el asiento posterior, jugueteaba con una navaja de grandes dimensiones.

—Arranque y siga la ruta que le indiquemos, señor Quarry —dijo el de la pistola.

—Me gusta que me pidan las cosas con tan buena educación —sonrió el joven, a la vez que accionaba la llave de contacto.

CAPÍTULO III

Escortado por los dos sujetos, Quarry atravesó un jardín, en el que abundaban los trozos cubiertos de verde césped, y llegó a la parte posterior de la casa, en donde, junto a una enorme piscina, se veía a un sujeto que contemplaba las evoluciones que una hermosa bañista hacía en el agua:

—Aquí está, señor Russell —dijo el de la pistola.

El hombre se cubría con una vistosa bata de baño y miró a Quarry con cierta indiferencia. Aparentaba unos cincuenta años y era bastante gordo y casi calvo. Sus ojos, sin embargo, tenían el color del hielo y la dureza del diamante.

—Soy Frick Russell —se presentó.

Quarry se arrodilló y movió los brazos y el torso varias veces.

—Oh, mi señor, perdona a este indigno siervo tuyo, por haberse atrevido a posar su mirada en tu rostro resplandeciente... Manda y obedeceré, aunque tus mandatos me cuesten la vida...

Russell respingó y miró a sus esbirros.

—¿Está loco?

—A mí me pareció cuerdo —dijo Bodo Ortiz.

—No comprendo... —Gruñó Leigh Avery.

—Levántese, estúpido —ordenó Russell—. No me gustan las comedias. Quarry se incorporó.

—Gracias, mi amo —dijo—. ¿En qué puedo servir a vuestra magnificencia?

—Si no deja de decir tonterías... Está bien, vamos al grano. Quarry se acercó a Russell y le examinó la calva.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Dónde está, ¿qué? —gritó el sujeto.

—El grano. Usted ha dicho...

—Era una frase, estúpido —bramó Russell—. Yo no tengo ningún grano.

—Oh, sí, tiene uno, muy grande. Sobre los hombros, en forma de cabeza. Pero no respondo de que haya sesos debajo de la calva.

Russell le apuntó con el índice.

—Usted tiene una billetera. Démela.

—No.

—Sí.

—A mí que me registren.

Russell hizo un ademán a sus secuaces. Ortiz y Avery se acercaron. Quarry extendió los brazos en cruz, pero, de pronto se volvió; y echando a correr, acometió contra los dos sujetos, lanzándolos de espaldas a la piscina.

Se oyó un bramido de ira. Russell empezó a levantarse.

Quarry se volvió hacia él. Estaba sentado en una hamaca con ruedas y agarrando las varas, la empujó con todas sus fuerzas, levantándola verticalmente en el último instante. Russell voló por los aires y acabó por chapuzarse en la piscina, junto a sus aturridos esbirros, que no acababan aún de comprender lo que les había pasado.

Acto seguido, Quarry se sentó en una butaca de mimbre y agarró una botella de champaña que había en un cubo.

—Salga y hablaremos, Frick —dijo.

El gordo resopló y maldijo a voz en cuello.

—Ayudadme, estúpidos...

La bañista se fue al otro lado de la piscina y, usando la escalera que había allí, salió fuera. Quarry apreció su total desnudez. Era rubia, muy esbelta, de hermoso senos y finas caderas. Sonriendo, se acercó al joven.

—Me llamo Minna —dijo—. Dame una copa de champaña, buen mozo.

—Espera —rogó él.

Jadeando y resoplando como una foca, Russell consiguió al fin salir de la piscina. Loco de ira, apuntó al joven con el índice.

—Maldita sea, dadle una buena... Ortiz sacó su revólver.

—Cuidado, podría reventar —advirtió Quarry tranquilamente. Avery hizo relucir su navaja.

—Esto no explotará.

Y avanzó un paso, sólo para encontrarse en el camino del tapón de la botella de champaña, que le alcanzó en el ojo izquierdo, arrancándole un aullido de dolor.

La rubia se echó a reír. Russell vomitó una imprecación:

—Maldita sea. Minna, vístete...

—No me da la gana —contestó ella—. ¿Champaña, buen mozo?

—Claro.

Tranquilamente, Quarry llenó dos copas. Ortiz había limpiado su pistola y se le acercó truculentamente.

Entonces, la botella de champaña golpeó su mano y el sujeto lanzó un aullido de dolor. Sin moverse de su sitio, Quarry disparó el pie y lo volvió a arrojar a la piscina. Luego se inclinó y recuperó el arma.

—Frick, siéntese —ordenó.

El gordo, desmoralizado, obedeció.

—Le cedo mi copa de champaña —dijo el joven.

—Está bien. Quiero la billetera de Beryl.

—¿Quién la mató?

—Está viva...

—Está muerta. Yo la vi.

—No digas tonterías, Quarry...

—Hablo muy en serio. Me encontré la billetera, es cierto, y cuando fui a devolvérsela, ella estaba muerta. Créame, no bromeo.

El rostro de Russell se puso gris.

—Entonces, ella... yo... Va a ser mi ruina —gimió.

—¿Por qué?

Russell no contestó. Quarry escuchó de repente un ruido sordo, una especie de «chap» que no se parecía en nada a otro sonido. El cuerpo de Russell se relajó súbitamente y su cabeza se dobló a un lado.

Minna lanzó un estridente alarido. Quarry se incorporó, contemplando con ojos incrédulos el redondo agujerito que un silencioso proyectil había abierto en la frente de Russell.

* * *

Los policías no encontraron nada. El asesino había disparado con un fusil de caza, provisto, sin duda, de silenciador y mira

telescópica, y desde unos ciento cincuenta metros de distancia, por encima de la tapia que rodeaba la residencia de Russell. Había allí unas lomititas, con bastante maleza, y resultaba evidente que el asesino se había apostado en la cumbre de una de las eminencias.

Al pie sí se hallaron señales recientes de ruedas de un coche, pero eso había sido todo. El asesino se había llevado incluso la vaina del proyectil mortífero.

Quarry eludió toda referencia a la billetera. Ortiz y Avery callaron también, por indicación suya, lo mismo que Minna. Quarry le dio una tarjeta suya a la joven; en el momento de despedirse.

—Ven a verme cuando te encuentres mejor —dijo—. Me interesa hablar contigo largo y tendido.

—Descuida, iré —prometió la rubia.

Quarry regresó a su casa y se metió directamente en la bañera. Cuando estaba secándose, oyó voces en el vestíbulo.

—No sé si podrá recibirle, señorita...

—Inténtelo, es muy urgente —dijo ella.

Quarry se puso una bata de felpa y metió los pies en unas zapatillas. En aquel momento, apareció Simón, su fiel criado.

—Señor...

—He oído una voz femenina —sonrió Quarry—. ¿Quién es la dama en cuestión?

—Se llama Fanny Overland y dice que quiere hablar urgentemente con usted, señor.

—Muy bien, pásela al salón y ofrézcale café. Voy a vestirme mientras tanto.

—Bien, señor.

Minutos más tarde, Quarry, ataviado con una camisa de color crema, pantalones de color marrón y zapatos a juego, hacía su aparición en el salón. Se ajustó el pañuelo de seda del cuello y carraspeó.

Fanny estaba de espaldas, contemplando un cuadro que pendía de la pared. Al oír el carraspeo, se volvió.

—Usted no es...

—Vestía como un mendigo, tenía barba de dos semanas y el pelo excesivamente largo —sonrió Quarry. Ella le miró estupefacta.

—Está completamente cambiado —exclamó.

—Y usted sigue prefiriendo vestidos de felino —dijo él,

aludiendo a la indumentaria de la visitante.

—Me gusta, es muy cómodo. —Fanny movió la mano en círculo—. ¿Todo esto es... suyo?

—Tengo ese placer, señorita Overland. Me gusta vivir bien y disfrutar de las cosas buenas de la vida. Con moderación, porque el exceso siempre es pernicioso.

Ella se acercó a un valioso jarrón de porcelana.

—¿Ming?

—¿Entiende de arte?

—Un poco. Hice dos cursos en Fordham, Nueva York...

—Aquello está muy lejos.

—Mi familia vivía allí entonces. —Fanny se volvió—. Me gusta el cuadro. El autor está influenciado, indiscutiblemente, por Goya.

—Goya no podría negar nunca la influencia de Goya, señorita Overland. Fanny comprendió, se volvió, miró el cuadro y silbó.

—Si llevase sombrero, me descubriría —exclamó—. ¿Cómo lo consiguió usted?

—Si se lo digo, a lo mejor va a la policía con el cuento —sonrió él.

—¿Va a decirme que es un ladrón de altos vuelos? Claro que así se comprende este lujo...

—Oh, para mí es la profesión más divertida del mundo. Una vez al mes, asalto un Banco porque necesito efectivo y no siempre se puede vender sin riesgos una obra de arte o una joya. El resto del tiempo lo invierto en estudiar mi próximo golpe.

—¿Habla en serio? —preguntó ella, atónita. El teléfono sonó en aquel momento.

—Disculpe —rogó Quarry. Levantó el aparato, escuchó un momento y luego empezó a hablar—. Sí, Emil, creo que tengo la solución... Me ha costado bastante y aún he de estudiar a fondo un par de puntos interesantes del problema... Oh, no creo que pase más allá el sábado. En tal caso, te llamaría el lunes, para ver si conviene vender... ¿Dices que el comprador está impaciente? Envíale una silla y si no, que se vaya al diablo... Para este negocio, no nos faltarán compradores... De acuerdo, haré lo imposible. Adiós, socio.

Quarry dejó el teléfono en su sitio y se volvió hacia la chica, sonriendo brillantemente.

—Un negocio que traemos entre manos mi socio y yo —añadió.

—Seguramente, el tal Emil es el que estudia el terreno, ¿eh?

—Más o menos. Pero supongo que no ha venido a meter su encantadora naricita en mis asuntos. ¿Qué la trae por aquí, señorita Overland?

—Beryl Pawin.

—¿Otra vez? Fanny asintió.

—En efecto.

—Bien, ábrame su corazón y cuénteme sus cuitas. ¿De qué se trata?

—Chantaje.

—¿Es posible? Una chica tan bonita, ¿tiene esa clase de problemas?

—Aunque le cueste mucho creerlo, así es.

—¿Debo deducir que Beryl le pidió dinero?

—Veinticinco mil dólares. Quarry miró a la chica de soslayo.

—¿Iba a dárselos cuando me encontré?

—Sólo tenía quince mil. Es cuanto pude reunir. Quería rogarle que esperase un tiempo.

—¿A qué debía esperar, si se puede saber? Fanny se mordió los labios.

—Voy a casarme —dijo con voz débil.

—Y, me imagino, profundamente enamorada de él. Ella asintió.

—Usted dio un mal paso hace algún tiempo y ahora paga las consecuencias.

—Así es, señor Quarry.

—Debo sospechar que ha venido a pedirme que la ayude.

—No sé a quién recurrir... A mi prometido, no, por supuesto. Pertenece a una familia muy estricta, con una moral muy rígida...

Quarry recorrió con la vista la espléndida silueta de su interlocutora.

—A esa familia no le gustará cierta clase de indumentaria —observó.

—Nunca visto así cuando estoy en casa de mi prometido.

—Muy bien. Si quiere que la ayude, mejor dicho, si quiere que lo intente, cuénteme su problema. Sea sincera, no me oculte nada.

—Es muy sencillo y no tiene nada de particular, según se mire, claro. Hace algunos meses, una amiga mía me invitó a una fiesta.

Yo no sabía qué clase de persona era Minna...

—¡Un momento! ¿Ha dicho Minna?

—Sí. ¿La conoce?

—Es posible. ¿Cuál es el apellido?

—Cross. ¿Le dice algo?

—No lo sé aún. Prosiga.

—Bueno, llegamos a la residencia del anfitrión y allí un tipo nos ordenó quitarnos todas las ropas. Yo me negué, pero dos tipos me desnudaron a viva fuerza y me lanzaron a empujones a la zona de la piscina. Vi fogonazos de lámparas fotográficas y ya no quise permanecer allí ni un segundo más.

Creo que rompí un par de botellas en sendas cabezas, pero ello me permitió recuperar mis vestidos y marcharme de aquella casa.

—Y luego, un buen día, recibió unas fotografías y una cartita.

—Firmada por Beryl Pawin —corroboró Fanny tensamente.

—Era una chantajista de marca —dijo Quarry—. Está muerta y no es eso lo peor, Fanny.

—¿Puede haber algo peor todavía?

—Sí. Por ejemplo, si el asesino se llevó el que podríamos llamar «archivo» de Beryl y, como no sabemos quién es, no podemos hacer frente a sus demandas.

Fanny oyó aquellas palabras y, abrumada, se desplomó en un butacón.

—¡Estoy perdida! —exclamó.

CAPÍTULO IV

—Es mi día libre, señor —anunció Simón—. ¿Me necesitará el señor para algo?

—No, gracias —contestó Quarry, enfrascado en examinar lo que parecía un grueso libro de cuentas: Oyó el timbre de la puerta y levantó la cabeza—. Es decir, puedes marcharte, apenas hayas recibido al visitante.

—Bien, señor.

En el amplio vestíbulo sonaron unos tacones femeninos. Quarry salió al encuentro de la recién llegada.

—Hola, Minna —saludó—. Sinceramente, no te esperaba...

Ella vestía un traje negro, muy ajustado al cuerpo de espléndidas curvas. En la parte superior, había habido una pieza, ahora desaparecida, lo que dejaba ver un escote en el que quedaba muy poco para la imaginación. El sombrero tenía el velo alzado hacia atrás y tanto las medias como los zapatos y el bolso eran también negros.

—Vaya cabaña, tú —dijo ella, sinceramente admirada—. ¿Te tocó en alguna rifa?

—No exageres. La casa no me pertenece. Yo soy el secretario del jefazo, su hombre de confianza, para que me entiendas. Él está de vacaciones y yo lo vigilo todo, ayudado por el criado que acaba de marcharse. Pero ¿de dónde demonios vienes, vestida de luto riguroso?

—Del funeral de Russell, claro.

—Oh, perdona... ¿Quieres algo de beber?

—Con tal de que sea fuerte, lo que me echas —dijo Minna con una risita. Quarry se acercó a un bien provisto bar.

—Ya se te ha pasado el susto, ¿verdad?

—De todos modos, anoche tuve que tomarme un par de píldoras para poder dormir. Nunca había visto un asesinato...

—Sí, fue desagradable. Oye, ¿por qué lo mataron? Minna se encogió de hombros.

—Nunca me metí en sus asuntos —respondió. Quarry le entregó una copa.

—Estaba en apuros. ¿De veras no sabes nada?

Hubo una pausa, mientras ella, vaciaba la copa en un par de tragos. Al terminar, alargó la mano y sonrió.

—Otra de lo mismo, camarero.

—Con mucho gusto, pero no olvides que te he hecho una pregunta, encanto.

—Él habló de una billetera y de unos nombres, es todo lo que sé.

—¿Seguro?

Minna remoloneó un poco.

—Bueno, ahora me he quedado sin... sin empleo... Quarry hizo un gesto comprensivo.

—Me lo figuro, pero, nena, yo también soy un empleado. ¿Qué podría darte, a lo sumo? ¿Cien «pavos»? Ninguno de los dos solucionaríamos nada, ¿no te parece?

Minna suspiró.

—Es lo mismo. De todas formas, no me moriré de hambre.

—Con esa silueta, desde luego —dijo él, mirándola de los pies a la cabeza—. ¿Qué más sabes, buena moza?

—No estoy muy segura, pero le oí hablar de unos documentos que podían enviarle a la cárcel. No me lo dijo a mí, claro; estaba hablando con otra persona por teléfono, aunque no sé quién era.

—Y esos documentos estaban en poder de Beryl Pawin.

—Las copias. Fotografías, vamos.

—Ah, ya.

—Hay otra cosa que sí recuerdo. Russell tenía alguna relación con una compañía de inversiones... la MacFargus... Sospecho que esos documentos tienen que ver con la compañía MacFargus, pero, sinceramente, ya no te puedo decir nada más. Como ves, he venido a ver si podía ayudarte...

Quarry sonrió.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dijo—. Me gustaría pagarte el favor, aunque no sé si mis procedimientos te agradarán.

—¿Procedimientos? —se extrañó ella.

Quarry se acercó a la rubia y asió suavemente su brazo izquierdo.

—¿Por qué no vamos al piso superior? Desde allí se ve un panorama estupendo... Y también conocerás los métodos que empleo para pagar cuando no tengo dinero. A las mujeres bonitas, ¿por ejemplo?

Una hora más tarde, Minna se estiró voluptuosamente en el lecho y se echó a reír:

—Tus métodos me han encantado —confesó—. Pero ¿qué pasa cuando la dama no acepta el pago?

—Ella se lo pierde —contestó Quarry desenvueltamente.

* * *

Sacó una vez más el papel hallado en la billetera y lo consultó, para estar seguro de que no había errado en la dirección. Con el ceño fruncido, estudió los seis nombres escritos, junto con el resto de los datos. En aquel conjunto de nombres, direcciones y números de teléfono, había algo raro y no se sentía capaz de averiguarlo. Estaba seguro de que se trataba de un detalle importante y, sin embargo, no sabía captarlo, a pesar de que lo tenía a la vista.

Sí, en aquella dirección vivía una tal Lita Rowan. Dobló el papel cuidadosamente y se lo guardó, prometiéndose a sí mismo hacer una copia apenas regresara a su casa. No podía correr riesgos de que se lo quitaran. Aunque tenía buena memoria, no era lo suficiente como para retener en la mente aquel conjunto de datos.

Alargó el dedo y presionó la tecla de llamada. Alguien atisbó a través de la mirilla. Luego se abrió un poco la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la mujer—. ¿Qué quiere?

—Perdone, señora; me llamo Chester Quarry y desearía hablar con usted unos minutos.

—Ahora no...

—Vengo de parte de Beryl Pawin, señora.

Al otro lado de la puerta, sonó una exclamación de sorpresa. Quarry oyó ruido de cadenas y cerrojos y luego ella terminó de abrir.

—Pase y dígame lo que desea de mí, señor Quarry —dijo la

dueña de la casa.

Era alta, morena, pechugona, de unos treinta años, vestida con un aparatoso peinador rojo y empapada de perfume de la cabeza a los pies. Quarry se imaginó en el acto el oficio de Lita Rowan.

—Perdone la curiosidad, pero... ¿es usted muy amiga de Beryl Pawin?

—¿A qué viene eso? —se asombró la mujer.

Quarry paseó la mirada por el interior del apartamento. Estaba muy bien decorado. Era un lujo relativamente ficticio, pero que, no obstante, debía de agradar a cierta clase de personas.

—Estoy esperando su respuesta —dijo Lita, impaciente. Quarry sonrió.

—Casi no es necesario que siga —contestó—. Sin ánimo de ofenderla, usted recibe aquí a personas que son... de su agrado.

—No hago nada malo. Y, sinceramente, lo estimo preferible a salir a la calle a buscar... esa clientela.

—Muy lógico. No seré yo quien le haga reproches en ese aspecto. Sus visitantes, me imagino, serán personas de buena posición.

Lita se atusó el cabello con aire, displicente.

—No recibo a ganapanes —repuso.

—Indiscutiblemente. En fin, nada más. Muchas gracias, señora. Ella respingó.

—¿Eso es todo?

Quarry estaba ya junto a la puerta.

—Si le digo que, en determinadas circunstancias, usted pasa informes a Beryl acerca de alguno de sus visitantes, lo negará, ¿verdad?

Lita se sofocó violentamente.

—Soy una mujer discreta.

—Dejémoslo: —sonrió Quarry.

Y ya se disponía a abrir, cuando Lita llamó su atención:

—¡Espere! Oiga, hace días qué no sé nada de Beryl. Suele llamarme una o dos veces por semana, pero hace ya una que no tengo noticias de ella.

—Siento tener que decírselo. Los periódicos no han mencionado el caso porque alguien ocultó muy bien el cadáver.

Lita palideció, horriblemente.

—¿Quiere decir que está...?

—Muerta. De un balazo en el corazón.

—Dios mío... —Lita se sentó de pronto en una silla, con las manos en el regazo. Meneó la cabeza varias veces y añadió—: De todas maneras, tenía que sucederle. Yo misma se lo había dicho en más de una ocasión, pero nunca quiso hacerme caso...

—Suele ser el final de muchos chantajistas. Porque usted sabía que ella lo era.

—Sí —contestó Lita apagadamente.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo matarla? Ella movió la cabeza en sentido negativo.

—Seguramente, habría tantos...

—¿Estuvo en su apartamento alguna vez?

—Sí, dos o tres veces.

—Ella tendría alguna caja fuerte, algún lugar donde esconder sus secretos...

—Respecto a eso, era la mujer más reservada que jamás he podido conocer —contestó Lita firmemente.

—Gracias. ¿Puedo pedirle un favor?

—Sí, claro...

—No dé a entender que sabe que Beryl ha muerto. A usted misma le conviene.

—Descuide. Y gracias...

Antes de salir, Quarry dejó una tarjeta: sobre la consola que había junto a la puerta.

—Si averigua o recuerda algo llámeme, pero no me lo diga por teléfono; límitese a pedirme una hora para la entrevista. ¿Entendido?

Lita, abrumada todavía, sintió en silencio. Quarry salió de la casa y se encaminó hacia el ascensor.

Todavía quedaban cuatro nombres en la lista: dos de mujer y otros dos de hombre. Ahora ya no le cabía la menor duda de que las seis personas citadas habían sido confidentes a sueldo de Beryl Pawin. De las mujeres, se comprendía, pero... ¿y los dos hombres?, se preguntó extrañado.

No tardó en encontrar la respuesta: seguramente, eran amantes profesionales y no gastarían su tiempo y sus energías en simples empleadas o secretarias. Conquistarían a damas encopetadas y

luego...

Llegó a la calle, dio unos pasos y se detuvo al ver a cierta persona, en pie, junto a la acera, con la mano a modo de visera sobre la frente y empinándose de cuando en cuando sobre las puntas de los pies, como si quisiera alcanzar un mayor campo visual, a la vez que se protegía de los rayos del sol.

Sonrió ligeramente, mientras se acercaba a la joven.

—¿Hay tierra a la vista? —preguntó con acento jovial.

CAPÍTULO V

Fanny se volvió vivamente.

—¡Señor Quarry!

—Hola —dijo él. La examinó un momento y meneó la cabeza—. Veo que siguen gustándole los vestidos de estilo felino.

—Yo los encuentro muy cómodos, francamente —respondió Fanny.

El que llevaba hora era de color azul oscuro, con rayas algo más claras. A Quarry, aparte de que la indumentaria permitía apreciar la espléndida silueta de la chica, le parecía una forma muy estrafalaria de vestir, pero no quiso decir nada más, para no hierla.

—Sí, señor —convino—. Cada uno debe vestir como más le agrade o se sienta más a gusto. Oiga, si el puesto de observación le parece poco efectivo, puedo subirla sobre mis hombros.

—¿Para qué? —se extrañó ella.

—Como me parece que estaba vigilando el panorama... Fanny se echó a reír.

—Oh, es que espero a mi prometido. Nos citamos aquí, precisamente, y parece que se retrasa algunos minutos.

—El mundo al revés. Hoy es el hombre el que hace esperar a la mujer. Claro que, si bien se mira, es la conquista de un derecho femenino...

—No sea burlón. Soy partidaria de la puntualidad y pienso decírselo en cuanto me lo eche a la cara. ¿Ha averiguado algo más? —preguntó Fanny de repente, con expresión de ansiedad.

—Temo que no puedo ser muy explícito. Es algo largo de contar y éste no es el momento más apropiado. Ella se mordió los labios.

—¿Le parece bien que acordemos una entrevista para mañana?

—Llámeme por teléfono —accedió él.

Un coche apareció en aquel momento, surgiendo de la esquina más próxima. El conductor tocó el claxon. Fanny agitó la mano.

—Ahí viene —exclamó alegremente.

—Hombre afortunado —suspiró Quarry.

Fanny se volvió en parte y le dirigió una alegre mirada, justo cuando el automóvil, un descapotable rojo, se detenía junto a la acera.

—Cariño —exclamó el conductor—. ¿Hace mucho que esperas?

—Diez minutos, Adrián —respondió Fanny—. Eres un tipo fresco...

—Lo siento, nena; no pude llegar antes. Anda, entra.

—Sí... Oh, perdona un momento. Adrián; te presento a Chester Quarry, un conocido. Señor Quarry, mi prometido, Adrián MacFergus.

Quarry sonrió.

—¿Cómo está, señor MacFergus?

—He tenido mucho gusto —dijo el sujeto secamente.

Fanny se había acomodado ya en el coche, que partió de inmediato. Quarry quedó junto a la acera, preguntándose qué había podido ver la chica en aquél individuó, que, sin duda, era alto y no mal parecido, pero tenía una expresión de enfermo crónico del estómago. Además, andaba ya por los treinta y cinco años...

Se encogió de hombros.

—Eso no es cosa tuya —murmuró—. Ella ya tiene edad para saber quién le conviene como esposo. Caminó unos pasos, en busca de su coche... Cuando se disponía a arrancar, se puso rígido.

El prometido de Fanny se apellidaba MacFergus. ¿No le había mencionado la víspera Minna algo sobre una compañía de Inversiones MacFergus?

Al cabo de unos momentos, meneó la cabeza. No, se trataba sin duda de una coincidencia. Adrián MacFergus podía padecer úlcera de estómago, pero tenía todo el aspecto de un *playboy*, poco aficionado a trabajar. El prometido de Fanny no tenía que ver con la empresa, con la que había estado mezclado Frick Russell.

Por la mañana, Simón le sirvió el desayuno y también el periódico. Quarry leyó los titulares de primera plana. De pronto, captó una noticia que le hizo dar un bote en la silla.

Lita Rowan había aparecido asesinada. Una amiga suya había

ido a buscarla para acudir juntas al teatro y, en vista de su tardanza en contestar, llamó al conserje del edificio, quien abrió la puerta del apartamento con la llave maestra. Entonces, los dos encontraron el cadáver de Lita, con una cuerda en torno al cuello.

Durante unos minutos, permaneció profundamente pensativo. Luego, rehaciéndose, siguió leyendo el diario. En una de las páginas interiores, encontró otra noticia, referente al hallazgo del cadáver de una mujer joven, de unos treinta años, identificada por sus huellas dactilares como Nancy Brooke. El cadáver aparecía completamente desnudo, sin joyas y la causa de la muerte había sido un balazo en el corazón.

Pasado un rato, se puso en pie.

—Voy a salir, Simón —anunció.

—Bien, señor.

—Anote las llamadas que reciba para mí. Diga que ignora cuándo regresaré, y pregunte si quiere que yo llame al interesado.

—Sí, señor.

* * *

El número tres de la lista, cuya copia llevaba ahora en lugar del original, era un hombre y se llamaba Cliff Mullins. Era joven, de unos veintiocho años, muy apuesto y de ademanes un tanto afectado. Quarry apreció que vivía en un apartamento puesto con notable sentido de la decoración. «Un perfecto nido de soltero», pensó.

—¿En qué puedo servirle, señor Quarry? —preguntó Mullins, a la vez que se pasaba una mano por la cabeza; como si quisiera alisar aún más su bien peinado cabello rubio.

A Quarry le miró fijamente. De pronto, decidió que los rodeos no servirían de nada. Era mejor ser brusco.

—¿Sabe que Beryl Pawin está muerta?

—No sé de quién me está hablando —contestó.

—Vamos, vamos, no se haga el tonto. Usted y Beryl tenían ciertas relaciones...

—Me gustan mucho las mujeres, si es eso a lo que se refiere, señor Quarry. «Todas» las mujeres —añadió Mullins, subrayando la palabra, como si quisiera dar a entender que no se podía dudar de

su virilidad.

—A mí también. En eso, coincidimos —rió el joven—. Pero volvamos a Beryl.

—Repito que no conozco a esa dama.

—¿De veras? ¿Cuánto le pagaba por cierta clase de informes, referentes a algunas de sus hermosas visitantes? Por supuesto, usted sólo recibe a damas con el bolso lleno. No pierde el dinero con camareras, secretarias y demás ralea. Sólo mujeres de alta categoría y cuenta bancaria bien repleta.

—Pero ¿de dónde ha sacado...?

—Señor Mullins, será; mejor que nos dejemos de rodeos. Beryl está muerta. Se dedicaba al chantaje. Todo chantajista, cualquiera que sea su especialidad, necesita confidentes. Usted era uno de ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—Beryl perdió una billetera. La encontré yo. Su nombre figuraba en un trocito de papel que estaba en la billetera.

Mullins apretó los labios. Con mano temblorosa, abrió una caja de plata repujada y cogió un cigarrillo.

—No siempre le daba informes —dijo, muy nervioso.

—No me importa lo que hiciera, sino un dato que es para mí muy interesante. Una mujer como Beryl, debía de tener sin duda una especie de archivos, un lugar donde guardaba las pruebas con las que podía extorsionar a sus víctimas. ¿Qué sabe usted del particular?

—Nada. Era muy reservada...

—Mullins —dijo el joven pacientemente—, trate de recordar. Esfuércese por hacer memoria. El sujeto se puso ambas manos en la frente. Al cabo de unos momentos, contestó:

—Estuve algunas veces en su apartamento, pero no me pareció lugar apropiado para guardar sus secretos. En todo caso, es una hipótesis, no una afirmación, ¿eh? En todo caso, repito, esos archivos deben de estar en la cabaña de Eastside Lake. ¿Conoce el lugar?

Quarry asintió.

—He estado en alguna ocasión —repuso—. Pero sé que hay más viviendas...

—La de Beryl se llama «Top Secret». Es la cuarta de la derecha,

llegando desde el interior. El joven sonrió.

—«Top Secret» —murmuró—. Un nombre ideal para la residencia de una persona que conocía tantos secretos ajenos. Gracias, Mullins. Ah una advertencia.

—Sí, señor Quarry.

—¿Conocía a Lita Rowan?

—Sé que la asesinaron ayer, pero es la primera vez que oí hablar de ella.

—Trabajaba para Beryl. Vigile usted su propio pescuezo.

Mullins respingó al oír la noticia. En el mismo momento, llamaron a la puerta.

—Perdone —dijo Mullins.

Abrió y una hermosa joven, morena, elegantemente vestida, apareció en el umbral.

—Hola, Livia —saludó Mullins.

La joven dio unos pasos, pero se detuvo al ver a un desconocido. Mullins se anticipó a hablar:

—Es un conocido y ya se marchaba. Livia, te presento a Chester Quarry. Señor Quarry, Livia MacFergus, una buena amiga mía.

—Tanto gusto, señorita —dijo el joven.

Ella contestó con una leve inclinación de cabeza. Quarry apreció que su belleza quedaba un tanto desvirtuada por cierta expresión de dureza, que se reflejaba más en los ojos que en las facciones.

—Ha sido un placer —se despidió.

Cuando salió a la calle, repitió el nombre de la amiga de Mullins. No podía ser esposa de Adrián MacFergus, puesto que éste iba a casarse con Fanny. ¿Hermana?

* * *

Quarry abrió la puerta de casa, penetró en el vestíbulo y, casi en el acto, oyó ruido de tacones femeninos. Fanny y Simón aparecieron al mismo tiempo, cada uno por una puerta distinta.

—Perdone, señor, pero la señorita insistió en aguardarle... —se disculpó el criado.

—No te preocupes, Simón sonrió Quarry. —¿Le serviste algo de beber?

—Café, señor. ¿Desea una taza también?

—Sí, por favor.

Fanny estaba en el umbral del salón.

—Ha tardado bastante —dijo.

—No siempre es uno dueño de sus movimientos. He estado haciendo algunas visitas y ello me ha consumido la mayor parte del día.

—¿Visitas?

—Sí. ¿Recuerda la billetera de Beryl?

—Desde luego.

Quarry sacó un paquete de tabaco.

—En la billetera había una lista con seis nombres de personas, sus direcciones y números de teléfono. Ya había visitado a dos... una de las cuales, por cierto, fue asesinada ayer. Hoy he visto a los restantes, excepto a una mujer, llamada Edith Shine, ausente en estos momentos de la ciudad.

—¿Qué tiene eso que ver con mi problema...?

—Aguarde, mujer, no se impaciente. Eran cuatro mujeres y dos hombres, y todos ellos confidentes de Beryl.

—Oh, voy comprendiendo. ¿Ha sacado algo positivo?

—Ninguno de ellos conocía a los demás. Todos, sin embargo, suponían que no eran los únicos. Y dos de ellos, un tal Mullins y una joven llamada Betty Parr, han coincidido en lo mismo. Los archivos de Beryl, si están en alguna parte, es en Eastside Lake en una cabaña que ella poseía junto al lago y que lleva el muy adecuado nombre de «Top Secret».

—¿Cuándo piensa ir allí? —preguntó Fanny vivamente.

Simón entró en aquel momento y Quarry le alivió del peso de la bandeja.

—Mañana —contestó, mientras se servía café.

—¿Puedo ir con usted?

—¿No se enfadará Adrián?

—Oh, si no se lo digo...

—Ya. Ojos que no ven, corazón que no siente —dijo el joven sardónicamente—. Pero creo que es una familia muy rígida, según me dijo usted misma.

—Lo es, pero, a pesar de todo, quiero ir con usted.

—Muy bien, de acuerdo. Ah, por cierto. ¿Conoce a toda la familia MacFergus?

—En efecto. Son el padre, Frank, la madre, Rose, Adrián y su hermana Livia. Muy hermosa, por cierto.

—De modo que Livia es hermana de su prometido.

—Sí, pero... ¿es que la conoce?

—Livia no está casada, ¿verdad?

—No. Oiga, no entiendo...

—Para ser una familia de principios tan rígidos como dice usted, Livia no parece ajustarse demasiado a ese patrón de estricta moralidad —comentó Quarry.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Fanny, extrañada.

—Fue a visitar a uno de los confidentes de Beryl Pawin, Cliff Mullins. Yo no la conocía y me la presentó éste. Por lo que pude juzgar, son grandes amigos. No creo que la amistad con Mullins, Un tipo que vive a costa de las mujeres y, además, las explota por otra parte, sea lo más conveniente para la señorita MacFergus.

—Se lo diré a Adrián cuando vuelva a verle...

—No, no lo haga. Quizá ella no sepa quién es Mullins verdaderamente. Ya es suficiente que Livia me ha visto a mí y no convendría que se enterasen de que yo se lo he dicho.

—Quizá tenga razón —contestó la chica—. Pero, insisto, los MacFergus son muy rígidos.

—¿Rígidos o apegados a las formas?

—¿Qué diferencia hay...?

—Un traje elegante no convierte a un hombre en millonario. Fanny se levantó súbitamente.

—¿A qué hora vengo a buscarle, señor Quarry?

—A las ocho en punto, pero, por favor, llámeme Pop. Si le gusta, claro.

—Sí, Pop.

Mientras se alejaba, con paso vivo y elástico, Quarry sintió pena por aquella espléndida chica. Los MacFergus, preveía, componían una familia de carácter muy dominante. Ella no sería feliz formando parte de aquel clan. El matrimonio fracasaría.

Pero esto era algo, que no podía decir a una mujer enamorada.

CAPÍTULO VI

El coche remontó el punto más alto de la carretera e inició el descenso hacia el lago que se veía espejear a lo lejos, en una especie de cuenco situado entre colinas redondeadas, abundantes en arbolado. Pese a que parecía estar cerca, todavía tardaron una buena media hora en llegar a las inmediaciones.

La época no era propicia para que la gente habitase las cabañas de recreo. Según avanzaban lentamente, rodando por caminos que pertenecían a la urbanización, podían apreciar que eran muy raros los edificios ocupados. La mayoría eran de una sola planta, aunque había algunos de dos. Todos, sin excepción, estaban rodeados de un jardín de mayor o menor tamaño, según las pretensiones del propietario.

Además, había suficiente espacio entre cada casa, con lo que sus ocupantes no sólo no se molestaban, sino que apenas si podían, verse, debido a que también abundaban los árboles por todas partes, sin contar los altos setos que bordeaban las propiedades en la mayoría de los casos.

—A pesar de todo, no me gusta —dijo Quarry de pronto.

—¿Por qué? —se extrañó Fanny—. A mí me parece un lugar muy bonito. Hoy hay nubes, casi amenaza lluvia y el lago parece de plomo, pero en el verano debe de ser un lugar maravilloso.

—Prefiero el mar, el aire con olor a algas y yodo, la espuma de las aguas en el rostro... Son gustos, claro.

—Sí, naturalmente. —De pronto, Fanny extendió la mano—. ¡Ahí, Pop!

Quarry detuvo el coche. La residencia de Beryl era un edificio de una sola planta, de estilo más o menos moderno, sin demasiadas pretensiones en su arquitectura. A Quarry le pareció que el

arquitecto había hecho unos planos, copiándolos luego casi hasta el infinito. La originalidad brillaba por su ausencia.

—Pero no estamos aquí para discutir de estilos de arquitectura —murmuró, a la vez que abría la portezuela del coche.

—¿Cómo?

—Nada, hablaba conmigo mismo.

—¿Tiene esa costumbre, Pop?

—A veces.

Fanny se había apeado ya. El jardín de la casa estaba circundado por una valla de madera, al otro lado de la cual crecía un espeso seto. La puerta estaba abierta y oscilaba a impulsos de una fresca brisa que soplaba con rachas irregulares.

Reinaba un silencio absoluto en el lugar. De cuando en cuando, se divisaban chisporroteantes ondulaciones en la superficie del lago, debido al viento intermitente. Cayeron algunas gotas y Fanny se estremeció.

—Debimos haber traído impermeables —dijo—. Pero hacía tan buen tiempo estos días atrás...

—Aún no ha terminado el invierno y la primavera es siempre irregular —contestó él. Avanzaron hacia la casa. Quarry frunció el ceño.

La puerta de entrada estaba también abierta. De cuando en cuando, golpeaba el marco y el sonido de los golpes rebotaba con lúgubres ecos.

—Esto no me gusta —susurró la chica.

—Las opiniones coinciden —dijo él.

Avanzaron unos pasos más. Quarry se detuvo ante la puerta, lleno de aprensiones. Fanny le miraba expectantemente.

De pronto, se decidió a abrir. Empujó la puerta y dio unos pasos en el interior.

Fanny miró por encima de su hombro. Un grito de asombro se escapó de su garganta en el acto.

—¡Cielos! ¿Qué ha pasado aquí?

—Seguramente, el mismo que pasó por el apartamento de Beryl —contestó el joven, mientras contemplaba con ojos críticos el tremendo desorden en que se hallaba el interior de la casa.

Todo estaba revuelto. Incluso se veían algunos agujeros en las paredes, hechos con alguna piqueta. No había ni un solo cuadro

colgado y todos aparecían, fuera de sus marcos, rasgadas incluso las telas, y los marcos hasta partidos en varios fragmentos.

El suelo había sido también levantado en algunos puntos. La devastación era total, porque hasta los colchones y el tapizado de sillas, sillones y divanes habían sufrido el furor de los asaltantes.

Al cabo de unos momentos, Fanny se tranquilizó. Quarry, por el contrario, se sentía muy inquieto. Notaba cierta sensación de incomodidad, como si alguien le estuviese vigilando desde un bien oculto observatorio y no pudiera localizarle. Pensar que tal vez estaba bajo el punto de mira de un arma de fuego le hizo sentir un nudo en la boca del estómago.

De pronto, Fanny lanzó una exclamación:

—¡Pop! Aquí hay un armario.

Quarry se volvió. Ella se acercaba ya a la puerta del armario, un ropero seguramente, supuso el joven, y alargando la mano con decisión, hizo girar el pomo y abrió.

—¡Hola! —dijo la joven sonriendo—. ¿Qué hace, aquí? ¿Esperando el autobús?

El hombre que estaba dentro del armario no contestó. Quarry dio un paso hacia adelante para advertir a la muchacha, pero ya era tarde. El sujeto se vencía adelante y cayó sobre Fanny, de cuya garganta se escapó un penetrante chillido.

* * *

Quarry se inclinó para ayudar a levantarse a Fanny, que gateaba por el suelo para alejarse del cuerpo inmóvil que le había caído encima. La chica estaba terriblemente asustada.

—Vamos, vamos, cálmese... Está muerto; ya no puede hacerle nada —dijo él persuasivamente.

—Dios mío, vaya susto...., Y yo que creí que se había escondido.

—Como en los chistes, ¿verdad?

Quarry se arrodilló junto al caído y le dio la vuelta. Ya había visto el agujero que tenía en la espalda, de forma alargada, y qué indicaba el uso de un cuchillo o una navaja muy afilada. Era indudable que había sido sorprendido, sin tener posibilidad de defenderse, cosa que comprobó al ver que había una pistola en una funda sobaquera, que no había sido utilizada.

Frunció el ceño, intrigado por la presencia de aquel sujeto en la casa, cosa que no acababa de comprender.

—¿Qué hacía este tipo aquí? —preguntó:

—¿Lo conocía usted? El joven asintió.

—Bodo Ortiz; uno de los matones de Russell. Ahora se ha reunido con su jefe y no precisamente en el cielo.

De pronto, se oyó un ruidito en el interior de la casa, hacia la parte que daba al lago.

Fanny lanzó un grito de susto. Quarry, decidido, arrebató la pistola a su dueño y se puso en pie.

—No se mueva —ordenó.

Paso a paso, se acercó a la puerta que comunicaba con la cocina, lugar de donde procedía el ruido sospechoso. Pasó al otro lado y, de pronto, lanzó una intimidación:

—¡Salga, quienquiera que sea, con las manos en alto! ¡Tengo una pistola y...!

La puerta de una alacena se abrió con tremenda violencia. Estaba casi detrás del joven y éste recibió el golpe y trastabilló hacia adelante.

Alguien le empujó con fuerza y le hizo caer al suelo. La pistola escapó de sus manos y resbaló por el suelo de brillantes baldosas. El hombre corrió hacia la puerta posterior, abrió y escapó, a gran velocidad.

Fanny oyó los gritos y chilló. Maldiciendo a pleno pulmón. Quarry recuperó la pistola, se levantó y salió en persecución del atacante.

—¡Estoy bien, Fanny! —gritó.

Alcanzó la puerta trasera y vio al hombre que corría por la orilla del lago. Por un instante, se sintió tentado de utilizar el arma. Luego se dijo que no valía la pena procurarse conflictos nada agradables. Tal vez era el otro compinche de Ortiz. Quizá habían disputado por algo y...

A unos doscientos pasos, había un embarcadero, con algunos botes. El fugitivo saltó a uno de ellos y soltó las amarras. Quarry se dio cuenta de que era una lancha a motor.

Se oyeron las primeras detonaciones del motor al arrancar. Luego, el fugitivo dio gas y el bote salió disparado. Desde donde estaba, podía ver al hombre, erguido junto al timón; con ánimo

evidente de cruzar el lago. Seguramente habían llegado desde el otro lado.

Fanny se reunió con él. Estaban a poca distancia de la orilla, de suave pendiente, en la que morían pequeñas olas.

—Ha conseguido escapar —dijo la chica.

Quarry asintió. Repentinamente, el fugitivo se venció hacia adelante y quedó doblado sobre el timón, un poco hacia la izquierda.

—¿Qué le pasa? —se extrañó el joven.

La embarcación inició una amplia virada, sin reducir la velocidad. Quarry se alarmó.

—A ese tipo le ocurre algo —dijo.

La lancha continuaba moviéndose a toda velocidad. De pronto, Fanny lanzó un chillido:

—¡Viene directamente hacia nosotros!

Quarry vio de frente la afilada proa de la embarcación, a ambos lados de la cual surgían dos enormes chorros de espumas blancas. El fugitivo parecía haber perdido por completo el control del bote.

—Vámonos de aquí —dijo, a la vez que tiraba del brazo de la joven.

Lanzada a toda máquina, la embarcación llegó a la orilla, saltó a tierra firme y, movida por el impulso de la inercia, se arrastró unos cuantos metros por encima de la tierra firme, hasta detenerse con sonoro impacto contra la casa. El bote se movió a derecha e izquierda un par de veces y luego se inmovilizó.

El motor rugía, funcionando en vacío. Quarry saltó hacia la lancha y cortó el encendido, evitando así el peligro de un incendio. Luego echó un vistazo al piloto, que, a consecuencia del golpe, yacía en el fondo de la embarcación.

Estaba boca arriba y lo que vio le hizo estremecerse. El hombre sangraba por los lados de la cabeza. Uno de los agujeros era más grande y se veía en parte la masa encefálica. Quarry adivinó la causa de la muerte.

Oyó pasos y extendió la mano.

—No se acerque, Fanny —dijo.

—¿Está muerto? —presintió la chica.

—Sí. Le atravesaron la cabeza de un balazo.

—Pero... no hemos oído el disparo...

—Tampoco se oyó cuando murió Russell. Fanny sufrió una fuerte sacudida.

—¿Quiere decir que se trata del mismo? ¿El del fusil de caza con silenciador? Quarry hizo un gesto afirmativo.

—Apostaría algo bueno —contestó.

Miró en todas direcciones. De pronto, creyó ver a lo lejos un coche que se alejaba a gran velocidad hacia las colinas.

—Se marcha —añadió.

—¿Cree que nos habrá seguido?

—Tal vez estaba ya antes que nosotros. Pero la muerte de este hombre me parece algo ilógico.

—¿Por qué, Pop?

—Es... era Nate Devest, otro de los confidentes de Beryl.

—¿Lo conocía?

—Estuve hablando ayer con él. No me dijo nada de particular, ni siquiera mencionó «Top Secret». Pero parece evidente que tenía intención de venir aquí en busca de los archivos de Beryl.

—Y Ortiz también... Pop, esos archivos deben de ser dinamita pura, ¿no le parece?

—Para algunos, han sido una sentencia de muerte. Para otros, puede significar su ruina.

—Pop, es indudable que un asesino anda suelto por ahí y no sabemos quién es. Pero quizá podría usted encontrar una pista interesante —sugirió Fanny.

—¿De qué manera? —preguntó él.

—Usted tiene aún los doce billetes de mil dólares, nuevecitos, frescos, con la numeración correlativa.

—Sí, es cierto.

—Quizá ésa sea la pista, Pop. El joven asintió pensativamente.

—No es mala idea —admitió. Luego exhaló un fuerte suspiro—. Bien, muchacha, vamos a enfrentarnos con la amarga realidad. Creo que no podemos evitar el uso de un teléfono para qué acuda la policía. Pero cuando le pregunten, diga simplemente que habíamos venido a dar un paseo y qué nos encontramos en medio de todo este jaleo. ¿Ha comprendido?

Fanny se sintió aprensiva.

—Adrián se enterará. ¿Qué le digo a «él»?

—Usted es una chica lista y sabrá encontrar la excusa adecuada

—aseguró el joven—. Y, si la ama tanto como dice, no se preocupará por haber pasado unas horas en mi compañía.

—Confiemos en que sea así —deseó Fanny.

CAPÍTULO VII

El elegante individuo que estaba tras la mesa de despacho se puso en pie y tendió efusivamente la mano hacia su visitante.

—Celebro verte, Pop —dijo Robert K. Elmington, director del Banco en el que el joven realizaba la mayoría de sus operaciones—. Has estado fuera algún tiempo, me parece.

—Sí, un par de semanas. Tenía trabajo.

Elmington le miró maliciosamente, a la vez que se disponía a poner *whisky* en dos vasos.

—¿Solo o acompañado?

—Acompañado... de una serie de libros y papeles que formaban el lío más grande que he visto en los días de mi vida.

—Oh... ¿Solucionaste el asunto?

—Desde luego. El frustrado estafador salió huyendo y la empresa empieza a flotar de nuevo.

—Lo celebro. —Elmington levantó su vaso—. Salud... y dime en qué puedo servirte, Pop. Quarry se humedeció los labios y luego puso un papel en la mesa de su amigo.

—¿Qué es esto? —preguntó Elmington.

—Tú puedes hacerlo discretamente y sin necesidad de que yo recurra a la policía. Son doce números de otros tantos billetes de mil. Necesito saber quién sacó de qué Banco esta cantidad de dinero en efectivo.

Elmington examinó la lista de números.

—No han salido de nuestro Banco, puedo asegurártelo a primera vista. Sin embargo, echaré mano de mis amistades y creo que muy pronto podré decírtelo.

—Gracias, Robert, eso es todo lo que necesito. El banquero dirigió una mirada crítica a su amigo.

—¿Estás en un apuro? He leído los periódicos esta mañana.

—La chica y yo habíamos ido a dar un paseo por Eastside Lake y nos encontramos en medio de aquel jaleo. Todo casual, Robert.

—Muy bien, como digas. Te llamaré apenas sepa algo.

—Si no estoy en casa, deja el mensaje a mi criado.

—De acuerdo.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Quarry salió a la calle, subió a su coche y arrancó hacia cierta dirección, en busca de cierta persona, con la que quería hablar sin necesidad de utilizar el teléfono.

Minna Cross abrió la puerta de su casa y saltó de alegría al verle.

—¡Pop, cariño, no sabes lo que celebro verte aquí!

Quarry soportó durante unos momentos las efusiones de la rubia. «Pronto ha olvidado a Russell», pensó, resignado.

Después de un buen rato de besuqueo, logró desasirse de sus brazos.

—Quiero hablar contigo, muñeca —manifestó.

—Lo que gustes —respondió ella—. Ven, siéntate a mi lado... ¿Quieres un trago?

—Ahora, no, gracias. Minna, hace algunos meses, tú estuviste en una fiesta que daba Russell.

—¿Qué día fue? Porque daba tantas...

—Concretamente, no sé la fecha, pero sí puedo decirte que fue contigo una chica que se llama Fanny Overland, invitada por ti, según creo.

—Es cierto. Entonces vivíamos en la misma casa, aunque no en el mismo apartamento. Yo todavía no había..., bueno, aún no era la fulana de Russell, ¿sabes? Pero me pareció que ella estaba un poco triste y que necesitaba divertirse. Además, nos prometieron doscientos cincuenta dólares por asistir a la fiesta.

—¿Sabías que teníais que desnudaros? Minna remoloneó un poco.

—Yo ya me imaginaba lo que podía pasar, Pop —contestó.

—A Fanny no le dijiste nada.

—Bueno... no sé cómo explicarme... Parece una buena chica, pero en esta vida me he llevado muchas sorpresas. Damas honestísimas, que luego resultan ser más zorras... que las zorras; caballeros empingorotados, que son unos terribles viciosos...

—Comprendo. ¿Qué hacía Fanny en la ciudad?

—Había venido contratada por una galería de arte, según me dijo, pero al llegar aquí, se encontró con la desagradable sorpresa de que en tal galería el arte era... pornografía. Por tanto, como estaba sin trabajo, creí que doscientos cincuenta dólares le vendrían bien. Ella aceptó..., y luego se largó, repartiendo botellazos a diestro y siniestro. Una chica de empuje, Pop, créeme.

—Te creo —sonrió el joven—. Hubo también fotografías, me parece.

—Sí.

—¿Conoces a alguno? Fanny fue retratada apenas la desnudaron...

—Uno de ellos es Ted Higara, un «nissei» que vino hace un par de años de Hawái.

—Americano japonés.

—Sí, justamente. Te daré su dirección...

Quarry guardó momentos después un papel en uno de sus bolsillos.

—¡Gracias por el favor, encanto!

—¿Te marchas ya? —preguntó ella, con aire decepcionado.

—Lo siento. Tengo mucho trabajo.

—Vuelve otro día, cariño.

—Descuida, preciosa.

Quarry se acercó a la puerta. Cuando iba a salir, Minna llamó su atención.

—Espera, quiero decirte una cosa. Tal vez no tenga importancia, pero en todo caso...

—¿De qué se trata, Minna?

—Esa chica, la que apareció flotando en las aguas de la bahía, Nancy Brooke. Estuvo también en aquella fiesta.

—Oh..., lo siento —dijo Quarry.

—Aunque la identificaron por las huellas, la policía hizo un llamamiento para ver de encontrar a posibles familiares. Yo acudí a la Morgue. Sí, era ella. La mataron de un tiro, pero entonces me pasó una cosa muy curiosa.

—¿Qué fue, Minna?

—Es..., a veces, el primer golpe de vista. Luego vuelves a mirar y adviertes el error, pero... en el primer instante, hubiera jurado

que la muerta era Beryl Pawin. Se parecían bastante, ¿sabes?

Quarry frunció el ceño. Lo qué Minna acababa de decirle abría posibilidades insospechadas. «¿Y si Beryl estuviese viva, escondida en alguna parte, porque teme por su vida?», pensó.

Sonrió ampliamente.

—Gracias por todo, dulzura —se despidió.

* * *

Ted Higara miró tristemente el billete que su visitante mostraba en la mano derecha y meneó la cabeza.

—Lo siento, señor —dijo con voz un tanto chillona—. Aunque me ofreciese diez veces más, no podría complacerle.

—¿Por qué? —preguntó Quarry.

—Hace algunos meses, asaltaron mi laboratorio y casi lo dejaron en ruinas. Cuando ordené todo, encontré a faltar precisamente los negativos de las fotografías que había tomado en aquella fiesta.

Quarry le miró con desconfianza. El «nissei» añadió:

—Si no me cree, vaya a la comisaría del barrio. Denuncié el hecho.

—Gracias. —Sí, tal vez Higara era sincero—. Perdona —añadió de pronto—, pero ¿no le hicieron antes alguna oferta por esas fotografías?

—No. Yo cobraba una suma por asistir a la fiesta y tenía orden de entregar todas las fotografías al señor Russell. Esto era un ingreso aparte, claro.

—¿Le entregó las fotografías?

—No tuve tiempo señor Quarry.

—Es decir, nadie intentó comprarle las fotografías.

—No, señor.

El joven ocultó su decepción tras una sonrisa.

—Le quedo muy reconocido, señor Higara —se despidió. Cuando regresó a casa, ya al atardecer, Simón le dio un mensaje:

—Ha llamado el señor Elmington. Los billetes fueron extraídos del Sea and Land Bank por el difunto señor Russell.

—Muchas gracias, Simón. ¿Puede prepararme un jerez?

—Sí, señor. El señor, tiene el correo en su despacho, si quiere examinarlo.

—Está bien, lléveme allí el vino.

Quarry se encaminó a su gabinete de trabajo, preguntándose para qué podía querer Beryl que pagasen sus chantajes en billetes de mil dólares. Tal vez había una explicación: posterior exportación clandestina de moneda de curso legal. ¿Adónde?

Se sentó tras la mesa y empezó a repasar la correspondencia. Simón vino con la copa y saboreó lentamente el jerez. De pronto, encontró una carta que llamó, poderosamente su atención.

El sobre era de papel grueso y de color ligeramente tostado. Dentro había una gran cartulina con una singular inscripción:

«El señor y la señora MacFergus se complacen en invitar a usted a la cena, que se celebrará el próximo día 9, para festejar el compromiso de su hijo Adrián con la señorita Fanny Overland».

«Por favor, traje de etiqueta,
(R. S. V. P.)».

Quarry silbó.

—De modo que, al fin, se casan —murmuró.

Se abanicó con el tarjetón. Asistiría a la fiesta, naturalmente. Pero ¿por qué tenían que haberle invitado los MacFerguson, si jamás había tenido la menor relación con aquella familia?

Al cabo de unos momentos, se dispuso a atender lo que pedían las cuatro iniciales finales de la invitación:

«Répondez,
s'il
vous plait». (Se ruega contestación).

La vieja fórmula francesa, trasplantada al Nuevo Mundo. Asistiría, naturalmente. Después, hizo una llamada.

—Dime, Pop —contestó Minna casi instantáneamente.

—Encanto, tú conocías a Beryl, ¿no es cierto?

—Un poco. No éramos lo que se dice precisamente amigas del alma. Era bastante orgullosa y...

—Minna, los negativos de aquellas fotografías fueron robados. Alguien asaltó el laboratorio de Higara.

—¿De veras?

—Sí. ¿Sabes si Beryl tenía algún tipo al que le encomendase esta clase de trabajitos? Porque me parece que no debió de ser la única vez.

—Espera, un momento —pidió la rubia.

Quarry buscó un cigarrillo con la mano libre. De pronto, oyó la voz de Minna:

—Quizá, aunque no estoy segura... quizá, repito, lo hizo Harry Wiles «el Chato». Le llaman así porque tiene una nariz de medio palmo.

—¿Dónde puedo encontrarle, muñeca?

—Suele acudir al salón de billares del viejo Abe Kromansky, es todo lo que puedo decirte. Está en la Novena, hacia el mil cuatrocientos.

—Gracias, preciosa. Te debo algo.

—Ven a pagarme pronto —suspiró ella. Quarry se echó a reír.

—Te lo prometo —se despidió. Consultó su reloj.

Eran las ocho de la noche. Aún tenía tiempo de echar un vistazo al salón de Kromansky. Simón, quizá cene fuera —dijo al salir—. En todo caso, no me esperes levantado.

—Bien, señor.

El salón de Abe Kromansky era un tugurio en el que un arenque podrido habría hecho el efecto de un perfumador de ambiente. Aunque se había puesto ropajes más bien discretos, le pareció que era un rey en traje de gran ceremonia, por comparación con la mayoría de las indumentarias de los clientes del local.

No había mujeres. Al fondo, en medio de una atmósfera azulada, que hedía horriblemente, se veían algunas mesas de billares, en torno a las cuales se movían los jugadores. Quarry se acercó al mostrador, tras el cual se hallaba un viejo de reluciente, calva y ojillos recelosos.

—Busco a Harry el Chato —dijo. Kromansky le dirigió una mirada oblicua.

—¿Polizonte?

—Soy el director del FBI —contestó el joven, a la vez que enseñaba un billete de dos dólares.

—Ya. Y mi tía es la Monna Lisa. Harry está en el primer piso, reservado número cuatro —informó Kromansky, a la vez que hacía desaparecer el billete con unos dedos que parecían garras de ave de rapiña—. Y no es usted el único que pregunta por él.

—¿Ha venido otro antes que yo?

Kromansky guardó silencio. Quarry sonrió y sacó otro billete.

—¿Quién era el tipo?

—Alto, más o menos como usted, pelo negro, con lentes de color y vestía mejor. Dijo que se llamaba Jim Jones.

—Jones —repitió el joven—. Y yo soy Napoleón Smith.

Giró sobre sus talones y echó a andar hacia el primer piso. Momentos después, abrió la puerta del reservado número cuatro. Harry Wiles estaba sentado junto a la pared opuesta y le miraba de una forma muy extraña. Quarry tardó unos segundos en darse cuenta de que a Wiles le había salido un tercer ojo, justamente encima del izquierdo. Inspiró con fuerza.

«Pistola con silenciador», dedujo.

Giró sobre sus talones y regresó a la planta baja.

—Vuelve muy pronto —comentó Kromansky.

—Los muertos no hablan —respondió el joven—. Ya puede ir preparándose para un buen jaleo con los «polis».

Kromansky lanzó una espantosa maldición al comprender lo que Quarry quería decirle. Fue al teléfono, lanzó un chorro de palabrotas y luego regresó al mostrador.

—Maldito Harry... Siempre me traía conflictos... Y hasta después de muerto, tiene que buscarme problemas con la policía —declaró amargamente.

—Para él, en cambio, ya se han acabado todos los quebraderos de cabeza —dijo Quarry con macabra filosofía.

CAPÍTULO VIII

Un hombre alto, correctamente vestido y de imponente aspecto, recibió a Quarry dos días más tarde. Hacía bastante fresco y el criado le ayudó a despojarse del abrigo y el sombrero negros, que pasó inmediatamente a una atractiva doncella, de sonrosadas mejillas y abundante caballera negra.

—Por aquí, señor —dijo el criado.

Quarry le siguió a través del amplio vestíbulo. La casa era antigua, probablemente, de primeros de siglo. Abundaban los paneles de maderas oscuras, aunque la decoración había sido acomodada en buena parte a los gustos actuales. La buena posición de los MacFergus saltaba a la vista.

Llegaron al salón. Una elegante dama, de unos cincuenta años, profusamente enjoyada, salió a su encuentro.

—Usted debe de ser el señor Quarry —dijo—. Soy Rose MacFergus y debo declarar que nos sentimos muy honrados con su presencia en esta fiesta de compromiso.

El joven se inclinó galantemente y besó la mano de la dama.

—Es un placer conocerla, señora —contestó—. Me siento muy agradecido por el honor que me han dispensado al invitarme a su fiesta...

Ella le interrumpió bruscamente.

—Perdone, quiero presentarle a mi esposo... Frank, querido, éste es el señor Quarry.

MacFergus era un individuo bajito, regordete, con un delgado bigote sobre el labio superior. La mirada, sin embargo, contrastaba con la apacibilidad de sus facciones redondas. Eran unos ojos escrutadores, llenos de perspicacia, tremendamente sagaces. La mano que tendió al joven era blanda, fofa, húmeda de sudor.

«Un curioso contraste», pensó Quarry, mientras murmuraba unas frases banales.

—Así que usted es el consejero financiero de nuestra futura hija —manifestó MacFergus de pronto—. Tengo que decir que la elección de Fanny en este sentido es un pleno acierto. Hablando sinceramente, he oído muchas y muy buenas cosas de usted, señor Quarry.

El joven se sobresaltó. ¿De dónde había sacado Fanny aquella idea disparatada?

—Sus elogios son innecesarios, señor MacFergus. No soy ni mejor ni peor que otro cualquiera de la profesión —respondió.

—Vamos, vamos, no sea modesto —dijo el hombrecillo, palmeándole amistosamente en el brazo—. Su reputación es demasiado notoria para que no reconozcamos en usted a un genio de las finanzas... Ah, pero aquí viene mi hija. Livia, querida, ¿conoces al señor Quarry?

Livia le tendió una mano. Estaba realmente atractiva, con un vestido de color rojo fuego, que consistía en dos delgadas tiras por delante y nada en la espalda. Los senos resaltaban, firmes y erguidos, contra las bandas de tela roja que apenas los cubrían.

—Nos hemos visto ya, papá —respondió la joven—. Y, naturalmente, celebro verle de nuevo, señor Quarry.

—El placer es mío, señorita MacFergus —dijo el joven galantemente.

—Bien, ahí les dejo... Disculpen... —MacFergus se marchó para atender a otros invitados. Livia miraba al joven fijamente, con una ligera sonrisa en sus labios de sensuales contornos.

—¿De veras es tan bueno en las finanzas como dicen? —preguntó de sopetón.

—Oh, sí, desde luego —contestó él desenvueltamente—. Sobre todo, cuando me entran cuatro ases en una mano de póquer.

Livia se echó a reír.

—Encantador. —Calificó.

La doncella se acercó en aquel momento con una bandeja cargada de copas.

—Señorita...

—Ah, Jane, muchas gracias. ¿Una copa, amigo Quarry?

—Con mucho gusto.

Quarry cogió la copa de la bandeja. Los ojos, de la doncella parecían clavados en su rostro, mientras ella sonreía discretamente. Era bastante bonita, graciosa, quizá porque era una mujer más bien llenita.

—Gracias —dijo.

La doncella hizo una leve genuflexión y se retiró. Entonces, Quarry vio venir a Fanny, colgada del brazo de su futuro esposo.

—Pop, no sabe cuánto me alegro de verle en mi fiesta de compromiso —dijo la chica—. Se lo sugerí yo misma a Adrián, ¿sabe?

—Nos sentimos encantados de tenerle con nosotros —declaró el novio.

—Y, por supuesto, queda invitado a la boda. Ya le indicaremos la fecha, Pop —añadió Fanny. Quarry se inclinó gravemente.

—Tendré sumo placer en hacerles un buen regalo de bodas y ya, desde aquí, les deseo a ambos eterna felicidad —contestó. Con una sonrisa, ocultaba la furia que le había acometido inexplicablemente. «¿Por qué demonios te casas con ese estúpido? Tendrás a la familia constantemente encima...», pensó con no poca amargura.

Pero, en aquel momento, se oyó la voz ceremoniosa del mayordomo:

—¡La cena está servida! Livia se colgó de su brazo.

—Pop, si me permites que te llame así, ¿quieres ser mi pareja durante la cena?

—Con mucho gusto —respondió Quarry.

* * *

En realidad, no pasaban de una docena los invitados, de modo que, con la familia MacFergus y la novia, eran unos diecisiete o dieciocho en total. Quarry sólo conocía a una pareja, los Andrews, pero nunca había tenido demasiadas relaciones con ellos, aunque sí sabía que su amigo Elmington era bastante amigo. Tomó nota del detalle y luego, para no hacerse notar, se dedicó a atender a Livia.

Tras la cena, pasaron al salón, donde les sirvieron el café y los licores. Al cabo de un rato, Livia se abanicó con la mano.

—Uf, hace un calor insoportable —se quejó—. ¿No me acompaña a respirar un poco de aire fresco, Pop?

—Claro, con mucho gusto:

Quarry lanzó una rápida mirada hacia el lugar donde estaban Fanny y su prometido. Meneó la cabeza. Ella parecía tan contenta...

Al otro lado de una antigua puerta vidriera había una terraza que daba sobre el jardín. Livia caminó unos cuantos pasos y se apoyó en la balaustrada con aire negligente:

—Pop, me gustaría hacerte una consulta profesional, claro.

—¿Aquí? —se sorprendió él.

—Bueno, podemos acordar una entrevista... Se trata de unas acciones que poseo... Están desvinculadas del patrimonio familiar, quiero decir que me pertenecen exclusivamente. Pero hace algún tiempo que no me gusta la marcha de esa empresa. Necesitaría tu asesoramiento en ese asunto.

—Cuando quieras, me llamas por teléfono y tendré mucho gusto en ayudarte. Pero no te fíes demasiado: ningún asesor financiero es infalible.

Ella le dirigió una penetrante mirada.

—Algunos son mejores que otros —contestó.

—La fama, a veces, no corresponde a los hechos, Livia.

—Estoy segura de que tú me aconsejarás con toda sinceridad.

—Desde luego.

—Y, una pregunta, ya menos profesional, aunque quizá más indiscreta. ¿Soltero?

—Por completo.

Livia se enderezó un poco.

—Tendrás mucho éxito con las mujeres —sonrió.

—Soy moderadamente atractivo, lo admito. Sin embargo, no pertenezco a la clase de los que corren perseguidos por las damas... a menos que se coloquen expresamente delante de ellas.

La joven se echó a reír.

—No te haría falta —aseguró. Se le acercó un poco—. Supongo que tendrás algún lugar donde recibir a tus clientes... femeninos.

—Depende de ella.

—¿Por qué?

—Si es una dama de cierta edad y que ya peina canas, tengo mi despacho profesional. Pero si es joven, la recibo en otro sitio.

—¿Puedes decirme dónde?

—¿Quieres saberlo?

Livia se le acercó más todavía.

—Me siento terriblemente curiosa —murmuró.

Quarry la contempló unos instantes. Sí, era muy guapa y parecía desprovista de prejuicios. ¿Por qué no aprovechar la ocasión?

De pronto, la abrazó. Ella no protestó.

Buscó su boca. Livia correspondió ardorosamente. Quarry notó con claridad el fuego que había en aquel bien formado cuerpo.

Al separarse, ella murmuró:

—Esta noche, Pop.

—¿Dejarías la fiesta...?

—Por supuesto.

De pronto, una de las tiras de tela del vestido se enganchó en un botón de la chaqueta del joven. Quarry se separaba un poco en aquel instante y oyó un chasquido.

Las tiras estaban sujetas por detrás del cuello con un broche y cayeron sueltas. El torso de Livia quedó al aire, tremendamente atractivo, pero ella no pareció inmutarse. Lanzando una risita, se cubrió los senos, sin dejar de mirar a su pareja.

—Buscaré una excusa —murmuró.

—Para mí también —dijo él.

Y volvió a abrazarla, pero antes de que se juntaran las dos bocas de nuevo, sonó una voz femenina:

—Perdone, señorita... Livia se revolvió, furiosa.

—Jane, estúpida, ¿por qué tienes que interrumpirnos ahora, precisamente? —barbotó.

—Le suplico que me dispense, pero la llaman por teléfono... Es muy urgente...

—¿Sabes quién es al menos?

—No he entendido bien su nombre. Me pareció Bary... Very...

—Ah, ya sé quién es. —Livia se volvió hacia el joven y sonrió—. ¿Me disculpas, querido?

—No faltaría más —respondió él galantemente.

La doncella quedó unos instantes en el mismo sitio, mirando sonriente a Quarry.

—Ella tiene el genio un poco vivo, pero no es mala —dijo.

—Fue un ligero arranque. No se lo tome en cuenta, Jane. Es su nombre, creo.

—Sí, señor. ¿Desea algo?

—Gracias, Jane. Ah... El caballero que llamaba a la señorita...

—No entendí bien el nombre... Bery...

—¿Avery? —sugirió Quarry.

—¡Sí, eso es! ¿Lo conoce usted, señor?

—Un poco —sonrió el joven—. Muchas gracias, Jane.

La doncella dobló levemente las rodillas y se marchó. Quarry contempló la silueta femenina, con los ropajes negros muy ajustados a unas caderas más bien opulentas.

—¿Te dedicas ahora a la servidumbre femenina?

Quarry se volvió, sorprendido por la pregunta. Fanny estaba frente a él, encantadora, con un sencillo traje de color amarillo pálido, muy discreto de escote. Había malicia en los ojos de la chica.

—Toda mujer tiene siempre mi interés —contestó él.

—¿Incluso las de edad madura?

—Entonces, es respeto.

—No lo sentirás hacia Livia, ¿verdad?

—Es joven y atractiva. Pero su vestido no parece encajar muy bien en el ambiente del clan MacFergus.

—Es, en cierto modo, la oveja negra de la familia. Muy independiente, sin temor a los comentarios.

—He tenido ocasión de comprobarlo —respondió él.

—Sí, seguro. —De pronto, Fanny se le acercó y, sacando su propio pañuelo de bolsillo, le limpió los labios—. No olvides nunca ciertos detalles después de besar a una dama —añadió, maliciosa.

—Gracias. Fanny, dime ¿eres feliz? Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Absolutamente feliz —contestó la muchacha.

—Lo celebro. Asistiré a tu boda y te enviaré un buen regalo.

—Gracias, Pop. ¿Me permites que te diga que te considero un buen amigo?

—Es algo de lo que me siento muy orgulloso, Fanny. Livia apareció de repente.

—Oh, perdonen...

—No tiene importancia, querida —dijo la chica—. Ya me iba. Sólo vine a ver qué tal lo estaba pasando un buen amigo.

Livia sonrió.

—Creo que estupendamente, ¿no es cierto, Pop?

—Rigurosamente cierto —confirmó Quarry.

—Les dejo solos —se despidió Fanny.

—Bien —dijo Livia instantes más tarde—, creo que esta noche no podrá ser. ¿Lo lamentas?

—Sabré contener mis deseos de tirarme al mar, con una piedra atada al cuello. ¿Cuándo? Las pestañas de la joven aletearon insinuantemente.

—Te llamaré mañana y acordaremos hora y lugar —respondió.

CAPÍTULO IX

Avery había llamado a Livia, de eso no cabía duda. Quizá estaba equivocado, pero presentía que se trataba de uno de los dos matones que le habían llevado a la fuerza a casa de Russell.

El problema consistía en encontrarlo. Minna fue la solución, aquella misma noche, por teléfono. Ella tardó un poco en contestar.

—¿Estabas dormida? —dijo Quarry—. No sabes cuánto lo siento...

—Bueno, no te preocupes; tratándose de ti, no es ninguna molestia. ¿En qué puedo ayudarte?

—Avery —dijo él escuetamente.

Hubo una pausa de silencio. Luego sonó otra vez la voz de Minna:

—Aguarda un momento... Me dio su nueva dirección y la anoté, pero soy tan desordenada... Minna volvió a callar. Casi un minuto más tarde, regresó al teléfono:

—Parkton Road, ochocientos cincuenta y siete —dijo.

—Encanto, ¿cómo podría pagarte...?

—Ya te lo diré cuando te ponga la mano encima —rió Minna—. Pero ten cuidado; Avery es un sujeto con un genio infernal. Todavía me estoy riendo de verle caer a la piscina...

—Lo malo es que aquel espectáculo terminó de un modo sangriento.

—Sí, y yo me quedé sin «empleo». Pero peor está el pobre Russell.

—Peor —convino Quarry—. Buenas noches, muñeca.

El número 857 de Parkton Road era una casa ya vieja, situada en una zona en expansión. Pronto sería demolida y, en su lugar, se levantaría un edificio de muchos pisos, calculó Quarry a la mañana

siguiente, al ver la casa de cuatro plantas y todavía con escaleras exteriores para caso de incendio.

Aunque sólo había cuatro plantas, la casa era extensa en situación horizontal. Quarry estimó que no había menos de diez apartamentos por planta. En el vestíbulo vio a una mujer sentada tras un mostrador. Para evitarse preguntas indiscretas, enseñó sin más un billete de cinco dólares.

—Avery.

El billete desapareció en un poco limpio escote.

—Segunda planta, letra H.

—Gracias.

Quarry subió los escalones de dos en dos. Pronto estuvo ante la puerta del apartamento que ocupaba Avery.

Llamó con los nudillos. Una voz soñolienta contestó a poco:

—¿Quién es?

—Un amigo de Bodo —contestó el joven despreocupadamente.

Avery picó y abrió de inmediato. Al ver a Quarry, emitió un bufido de ira y trató de cerrar... El joven metió el pie primero, cargó con el hombro después y Avery salió rebotado.

Quarry entró y cerró de un taconazo. Mugiendo como un toro furioso, Avery cargó contra él. Quarry levantó el brazo izquierdo, paró fácilmente el primer golpe y luego disparó su puño derecho contra el plexo solar de su adversario.

Avery expulsó el aire de sus pulmones y se retiró hasta sentarse en un sillón. Quarry se le acercó y sonrió.

—Lo siento, no era mi intención hacerle daño. Todo lo contrario, podría pagar bien sus informes —dijo. Avery le miró con ojos lagrimeantes.

—Me engañó. Bodo está muerto.

—Lo sé. ¿Quién lo mató?

—No tengo la menor idea. Pero yo no me siento muy seguro... A propósito, ¿quién le ha dado mi dirección?

—No fue difícil, aunque callaré el nombre de la persona que me lo dijo. Leigh, ¿qué está pasando? ¿Por qué muere tanta gente? Usted era hombre de confianza de Russell. ¿Por qué tuvieron que matarle?

Avery desvió la mirada.

—Le habían pedido mucho dinero y no quería pagar —contestó.

—¿Sabe quién se lo pidió?

—No, él no quiso decirlo nunca.

—¿Qué me cuenta de la compañía de Inversiones MacFergus?

—Yo no entiendo de asuntos financieros. Sé que el jefe tenía tratos con ellos, pero eso no me importaba en absoluto.

—Y Russell quería una billetera, que yo me había encontrado.

—Sí.

—¿Dijo en alguna ocasión qué podía encontrar en la billetera? Avery remoloneó un poco.

—Creo... que un número cifrado... Una caja de alquiler, pero, no me pregunte más, no estoy completamente seguro —respondió al cabo.

—Una caja de alquiler —repitió el joven pensativamente. Tendría un número y estaría en un Banco, claro, pero ¿qué número y qué Banco?

Miró a su interlocutor, que ya parecía recobrarse.

—Leigh, ¿por qué mataron a Bodo? Avery desvió la mirada y guardó silencio.

—Vamos, hombre —le apremió Quarry—. Si es que sabes algo interesante, yo podría darte una buena recompensa más adelante. En el fondo, se trata de un asunto de mucho dinero. ¿Me equivoco?

—No, es cierto —admitió el sujeto de mala gana.

—¿Cuánto?

—Un millón.

—Bonita cifra —comentó Quarry—. Está en alguna parte, supongo... Por cierto, anoche llamaste a la señorita MacFergus. ¿Para qué, Leigh?

—Eso es cuenta mía...

—Y mía. Hoy o mañana estaré con ella. Me lo contará... y cuando se entere de que hemos estado hablando, puede que se enfade.

—Está bien, maldita sea —gruñó Avery—. Le pedí dinero.

—¿Por qué?

—Sé dónde está el dinero.

—¿Seguro?

—Sí, lo sé. Se lo oí al jefe, aunque él no se dio cuenta. Pero no puedo sacarlo. A mí no me lo darían en absoluto. Lo que sucede es que quiero al menos cincuenta mil pavos. Le dejaría limpios

novecientos cincuenta mil, ¿comprende?

—Desde luego. ¿Lo sabía también Bodo Ortiz?

—Sí, pero ya nos habíamos separado. Ahora cada cual actuaba por su cuenta...

—Está bien, Leigh, suéltalo ya de una vez. ¿Dónde está el millón?

—En el Banco...

Repentinamente, Avery dio un salto espantoso, a la vez que lanzaba un horrible ronquido. Quarry vio surgir en la garganta del sujeto un violentísimo chorro de sangre, tan grueso como su pulgar. Avery llevó ambas manos a la herida y perneó convulsivamente, con los ojos rodando casi fuera de las órbitas.

Quarry adivinó en el acto el origen del agujero y se tiró al suelo. No muy lejos de él, algo se clavó en el tapizado del diván con sordo ruido. Rodó vertiginosamente, escapó a un tercer disparo y alcanzó por fin el parapeto de un sillón, en el que se hundieron dos balas más.

Los disparos cesaron. Quarry, por precaución, se mantuvo todavía unos momentos en el parapeto.

Abajo, en la trasera de la casa, se oyó el rugido del motor de un coche que arrancaba a toda velocidad. Quarry se arriesgó a asomar la cabeza y vio abierta la ventana que daba a la escalera de incendios.

En silencio, se apostrofó a sí mismo por no haber sabido prever algo tan elemental. Muerto Bodo, era de suponer que su asesino intentaría matar también a su compinche.

Lo había conseguido. Al mirar hacia Avery, lo vio tendido de costado en el diván, con la boca abierta y los ojos fijos en el suelo. La sangre continuaba saliendo de la yugular perforada, pero ya sin fuerza apenas.

* * *

Estaba sentado ante su mesa de trabajo, con los ojos cerrados y las manos entrelazadas. Una caja de alquiler, un Banco... Cada caja de alquiler tenía un número, pero en alguna había un millón de dólares que, seguro, procedían de fuentes nada honestas.

Alguien buscaba aquella enorme suma y no vacilaba en recurrir

al crimen para conseguir sus propósitos.

¿Quién demonios era el asesino?, se preguntó.

De repente, se acordó de algo que tenía casi olvidado. Buscó la billetera de Beryl, que guardaba en uno de los cajones y extrajo de la misma el papel con las seis direcciones y números de teléfonos.

En aquellas anotaciones había algo que no acababa de adivinar, un detalle que, sin embargo, le pareció tenía que estar a la vista. Una y otra vez repasó los nombres y las cifras, sin lograr dar con el dato que tanto le interesaba.

Súbitamente, reparó en algo que le había pasado inadvertido en aquel momento. Todos los números de teléfono constaban de seis cifras y estaban escritos con gran regularidad, de modo que coincidieran absolutamente por columnas. En cada número de teléfono, había una ligerísima separación entre la tercera y cuarta cifras, y entre ésta y la quinta.

Buscó papel y lápiz y empezó a escribir verticalmente cada cuarta cifra. Al terminar, vio que el número conseguido coincidía absolutamente con el del teléfono escrito en primer lugar.

En aquel instante, sonó el timbre de la puerta. Quarry alzó la cabeza.

—¿Livia? —murmuró.

La voz de la visitante era muy distinta. Quarry se preguntó a qué podía venir Fanny cerca de las diez de la noche.

Simón la acompañó hasta el despacho. Fanny le miró desde el umbral.

—¿Molesto? —preguntó. Quarry señaló una butaca.

—Simón, café, por favor —pidió—. ¿O prefiere algún licor?

—Café, gracias —dijo la muchacha.

—Bien, señorita —contestó Simón.

Fanny se sentó en el diván y cruzó las piernas. Quarry fijó la vista en sus rodillas.

—¿Me pasa algo? —preguntó la muchacha—. ¿Tengo alguna carrera en las medias? Eso no suele suceder ahora...

—No, no. Es que... Se lo diré francamente, Fanny; es la primera vez que le veo las piernas. No me acostumbro a verla con un traje que tenga faldas.

—Bueno, también me gusta vestir así, en ocasiones —sonrió ella.

—Sobre todo, ahora, que va a formar parte del clan MacFargus.

—La boda se celebrará dentro de tres semanas. Ya le invitaré oficialmente.

—Aquel día lloraré —aseguró Quarry. Fanny se asombró.

—¿Porqué?

—Tengo la sensación de que está más deslumbrada que enamorada.

—Pop, somos buenos amigos, pero eso no le autoriza a...

—Precisamente porque somos buenos amigos, me creo en el deber de expresar mi opinión —cortó él con cierta brusquedad—. Y no cambio una sola letra de lo que he dicho. No niego que esté enamorada de Adrián, pero el deslumbramiento es aún mayor.

—¡Deslumbramiento! —resopló Fanny.

—Sí. La familia MacFargus, gente distinguida, de alcurnia, una mansión elegante, mayordomo, servidumbre... Usted es una simple estudiante de Arte, con quince mil dólares de capital...

—A mi prometido no le importa que yo sea pobre —dijo ella furiosa.

—El dinero, en cierto modo, no le importa. Es el apellido, la situación, el rango, lo que les preocupa a esa clase de gente. Comprenda, Fanny, no quiero herirla, pero debo decir las cosas tal como las veo... que, aunque me considere inmodesto, son la realidad.

Fanny se revolvió inquieta en el asiento. Simón entró con el café, dejó la bandeja sobre la mesa y se marchó silenciosamente.

—Está bien —dijo ella al cabo—, puede que sea cierto lo que dice, pero nunca me he sentido deslumbrada por la posición de Adrián.

—Tal vez sea cierto o, simplemente, lo cree así, que en el fondo es lo mismo. Vamos, tome un poco de café y tranquilícese.

Quarry se levantó, pasó al otro lado y se apoyó en la mesa.

—Fanny, ¿cómo lo conoció?

—Bueno, un día yo fui a una exposición... Lo encontré, comentamos detalles de algunos cuadros... y ahí trabamos amistad...

—Y luego vino el resto.

—Así es —dijo Fanny orgullosamente—. Y no me convencerá de lo contrario.

—Nunca he pretendido tal cosa, muchacha. Le aseguro que

nadie más que yo desea que sea inmensamente feliz. Fanny, discúlpeme si la he molestado...

La muchacha esbozó una sonrisa.

—Será mejor que lo dejemos —propuso—. ¿Ha adelantado algo?

—Sí. Ya sé qué es lo que hay en el fondo de todo este asunto. Fanny adelantó el busto.

—¿De veras?

—Un millón.

—Siento vértigos... ¿Existe esa cantidad en alguna parte?

—Sí, y yo sé dónde está.

—Dígamelo, Pop —pidió ella ansiosamente.

—No. A usted le interesan, en todo caso, las fotografías...

—Oh, eso ha pasado ya a la historia. Se lo conté a Adrián y se mostró sumamente comprensivo. Me aconsejó que si volvía a insistir la chantajista, que la enviase al diablo y no le pagase un centavo. Él mismo hablaría con sus padres y les contaría todo, para qué estuviesen prevenidos; caso de que Beryl volviese a pedirme dinero. Pero no es posible, porque está muerta. En todo caso, el que haya conseguido sus archivos, ¿no cree?

—Fanny, si alguien ha de pedirle dinero otra vez, será Beryl y no otra persona. Beryl está viva —declaró Quarry sensacionalmente.

CAPÍTULO X

Robert Elmington examinó el número escrito en el papel que le había entregado su amigo y meneó la cabeza.

—No estoy del todo seguro, pero creo que esas cifras corresponden a las cajas de alquiler del Sea and Land Bank —dijo al cabo.

—Es una buena pista —observó el joven—. Robert, amigo mío; ¿cómo lo haría yo para meter mi apéndice nasal en esa caja?

—Lo veo imposible, Pop.

—Vamos, camarada, no me quites las esperanzas...

—Sinceramente, no encuentro otra solución que una orden judicial, pero ¿qué alegrías?

—Exportación ilegal de moneda de los Estados Unidos.

—¿Puedes aportar pruebas para que el juez expida esa orden? Quarry se mordió los labios.

—Si hablastes con el director del Sea and Land, quizá te diría el nombre de la persona que alquiló esa caja privada.

—Conozco al director y sé la respuesta que me daría, que es la misma que yo le daría si las cosas sucedieran al contrario: no puede facilitar el hombre de un cliente, sin su permiso o una orden judicial.

Quarry lanzó una maldición.

—Por todos los diablos... Hay en esa caja un millón en billetes de Banco y no podemos hacer nada...

—Quizá haya una solución, en efecto.

—¿Sí?

—Habla con los agentes del Tesoro. A ellos les interesan cosas como la que me has contado. Podrían ayudarte, puesto que tienes tanto interés, pero en lo que a mí se refiere, y lamentándolo

muchísimo, ya he hecho cuanto estaba en mi mano.

Quarry se levantó.

—Por lo cual, te doy las gracias rendidamente —sonrió.

Abandonó el Banco y salió a la calle. Tal vez, en efecto, había un millón en la caja de alquiler, pero presentía que los billetes no eran su único contenido. ¿Y si Beryl hubiese guardado allí sus «archivos»?

Desazonado, subió al coche y arrancó en dirección al Sea and Land Bank, no muy decidido todavía acerca de lo que debía hacer. ¿Alquilar una caja fuerte con cualquier pretexto y ver luego de llegar a la señalada con el número 234 251?

Por cierto, el número era el teléfono de Lita Rowan, la mujer que había sido estrangulada poco después de hablar con ella. Sin duda, Beryl, al anotar los teléfonos, se había dado cuenta de la singular coincidencia y había decidido conservar el número de la caja bajo una sencilla clave.

Bastante deprimido, llegó a las inmediaciones del Banco, sin tener todavía un plan trazado. Cuando se disponía a cortar el contacto, vio que paraba un taxi. Una mujer se apeó del vehículo y cruzó la acera. Quarry parpadeó. ¿A qué iba Jane, la doncella, al Banco?

Jane desapareció de su vista. Después de unos segundos de reflexión, Quarry decidió aguardarla en el mismo sitio. La seguiría y...

—A veces, se producen casualidades muy gratas —sonó de pronto una voz en la otra ventanilla.

Quarry volvió los ojos. Livia, inclinada hacia el coche, le miraba sonriente, a la vez que sonreía cálidamente.

—¿Puedo entrar? —consultó la joven.

Quarry se dio cuenta de que no podía negarse. Sonriendo también, alargó la mano y abrió la portezuela. Livia se sentó desenvueltamente a su lado. La falda era muy ajustada y se subió hasta dejar ver los broches del portaligas.

—Chófer, lléveme al número tres mil seiscientos once de la Avenida North Drive Ocean —indicó.

—¿Qué hay allí, Livia?

—El apartamento de una amiga que, también casualmente, se

encuentra de vacaciones en estos momentos. —Ella abrió el bolso y sacó algo que tintineó ligeramente—. Tengo las llaves y hay bebidas, Pop.

Quarry hizo girar la llave de contacto. El motor respondió satisfactoriamente.

—Los deseos de la señora son órdenes para mí —contestó.

* * *

Con el cuerpo apenas velado por un peinador corto, debajo del cual no había nada más, Livia llenó dos copas de champaña y entregó una al hombre que estaba tendido en la cama, cubierto parcialmente por las sábanas.

—Mi amiga es muy aficionada al champaña —dijo, con los ojos llenos de malicia.

—Te aseguro qué no me gustaría conocerla —respondió él. Livia se echó a reír.

—Me gusta la frase —dijo—. ¿Cómo van los asuntos financieros de mi futura cuñada? Quarry miró a la joven por encima de la copa de champaña.

—¿Debo considerar la pregunta como una solicitud oficial de información para la familia?

—Si lo hubiese dicho en ese sentido, resultaría absurdo, puesto que Fanny y Adrián están prometidos.

—Oh, es verdad. Sin embargo, para tu tranquilidad, te diré que los asuntos de Fanny marchan viento en popa.

—Magnifico —aplaudió Livia.

—¿Cómo van los tuyos? —preguntó él de sopetón.

—¿Los míos? —se sorprendió ella.

—Sí. Es decir, si tienes algunos intereses en la compañía de Inversiones MacFergus. Livia dejó de sonreír.

—¿Quién te ha mencionado el nombre de esa compañía? —inquirió.

—Se lo escuché a un hombre que ya está muerto: Frick Russell. Un hampón de categoría, todo hay que decirlo.

—Los asuntos de la compañía son cosa de mi padre y mi hermano, aunque yo posea algunas acciones, lo mismo que mi madre. Es una empresa familiar, ¿comprendes?

—Perfectamente legal, Livia.

—Tú entiendes de esa clase de negocios. Sin embargo, me extraña que un hampón tuviera relaciones con nosotros.

—¿Por qué tiene que extrañarte? Cualquiera que quiera invertir su dinero, puede hacerlo, sin dar explicaciones acerca del origen de ese dinero. La responsabilidad, en todo caso, es para el inversionista, no para el que administra sus caudales.

—Oí hablar a mi padre de Russell. Creo que les debía dinero —manifestó Livia.

—¿Mucho?

Ella hizo un gesto ambiguo.

—No, cincuenta mil o cosa así Supongo que estarán haciendo gestiones para recobrar esa suma con los bienes del difunto. No sé más, te lo aseguro, Pop.

—De todos modos, tampoco importa demasiado —sonrió él.

—Tú eres el asesor de Fanny. ¿Qué tal marchan sus asuntos?

—Livia, debieras saber que un consejero legal nunca habla de su cliente —contestó Quarry—. Sin embargo, puedo decirte que todo va satisfactoriamente, aunque, a estas alturas, ya me imagino que sabes no es una mujer rica.

—Eso es cosa de mi hermano, y con lo guapa que es Fanny, no creo que le importe mucho el dinero.

¿Sabes que después piensan montar una galería de arte? Después de la boda, claro. Ella será la directora, puesto que tiene experiencia...

—Es la primera noticia que tengo —aseguró el joven, muy sorprendido—. De todas formas, es un problema de los futuros esposos, ¿no te parece?

—Sí, desde luego.

—Y, entre nosotros, no hay ninguno, creo. Livia sonrió.

—Ninguno —concordó.

Quarry alargó un brazo, asió la mano de la joven y tiró de ella hacia sí. Con la otra mano, le despojó del peinador.

—Ven, encanto —dijo—, vamos a demostrarnos recíprocamente la inexistencia de problemas entre los dos.

Livia suspiró ardientemente.

—No hay problemas —repitió.

Quarry oyó el timbre de la puerta y casi en el acto se imaginó la identidad del visitante. Fanny apareció momentos después, ataviada con un sencillo vestido azul claro, con vivos blancos, cerrado de cuello y puños.

—Hola —sonrió—. ¿Molesto?

Quarry dejó a un lado el libro que estudiaba.

—Todo lo contrario. Eres una visión refrescante y confortadora. Pasa y siéntate, futura señora MacFergus.

Fanny avanzó unos pasos y se sentó en el borde del sillón, con las rodillas juntas, el bolso encima y las manos apoyadas en éste.

—Parece que te sucede algo —observó Quarry—. ¿Tienes algún problema?

—Tal vez...

Fanny se dio cuenta de que la muchacha se sentía incómoda, irresoluta.

—Dijiste no hace mucho que me considerabas un buen amigo —le recordó—. Siempre se debe confiar en los amigos, Fanny.

Ella emitió un largo suspiro y su pecho juvenil se destacó con curvas muy atractivas.

—Adrián quiere montar una galería de arte, después de la boda —dijo al cabo.

—Lo sé —sonrió el joven.

—¿Quién te lo ha dicho? —se sorprendió Fanny.

—Soy tu asesor financiero. Tú misma me presentaste así, cuando me invitaste a la fiesta de compromiso.

—Bueno, se me ocurrió... No sabía qué decir para justificar nuestro conocimiento, sin que se enfadase Adrián... Además, si es necesario, te contrataré de modo oficial. Recuerda que podía pagar quince mil de los veinticinco que me pedía Beryl.

—Es cierto. Pero sigamos con la galería de arte... ¿Qué pasa? ¿No te gusta el asunto? Dijiste que tenías dos cursos de arte en Fordham, Nueva York, y que...

—Pop, recapacita, dos cursos son muy poco para dirigir una galería de arte. Se necesitan profundos estudios y años y años de experiencia, además de conocer a fondo los principales museos del mundo. El año, pasado estuve en Europa; fue una visita montada en

un caballo al galopé: hoy el Louvre, mañana el Prado, al otro día los Uffizzi de Florencia... Para llorar, te lo aseguro.

—Al menos, entiendes de arte más que yo.

—Sólo teóricamente, Pop. Ya ves lo que me pasó con tu Goya... Quarry asintió comprensivamente.

—Pertenece a la primera época del maestro, hacia 1790, aproximadamente. Y es una copia.

—¡Una copia! —Respingó la chica.

—Tengo una magnífica posición económica, pero ni aun así podría permitirme el lujo de comprar un Goya o equivalente. Fanny, dejemos esto. Parece que no te gusta la perspectiva de la galería de arte.

—No —admitió ella—. Adrián insiste, pero...

—¿Qué, Fanny?

Ella se removió inquieta en el asunto.

—Se necesita bastante capital inicial y pasaría mucho tiempo antes de amortizar los primeros gastos. Y todavía se necesita más tiempo antes de acreditar el negocio. Además, es preciso contratar a un experto auténtico, quien no siempre actúa solo, sino que pide el contraste con distintos expertos, cuando se trata de una obra maestra, de cuyo origen se duda. Y, francamente, empezar con noveles es un riesgo que no me atrevo a correr.

—Si él pone el dinero...

—Es que me ha pedido que invierta mi capital en la galería de arte.

—Ah, ahí está. El intrínquis —exclamó Quarry—. Pero con sólo quince mil dólares...

—Él pondría otro tanto y... No lo entiendo. Pop, a Adrián le interesa tanto el arte como a mí la vida sexual de las hormigas de la Patagonia.

Quarry se echó a reír.

—Puede interesarle como negocio —dijo.

—Sí, y se pasaría la mayor parte del tiempo dedicado a su afición favorita.

—¿Cuál es esa afición, Fanny?

—La caza.

Las cejas del joven se arquearon.

—¿La caza? —repitió—. No será de, corazones femeninos...

—Oh, no, la caza, en todas sus variantes, aunque, sobre todo, le gusta cobrar piezas grandes: ciervos, venados...

—En este país hay muchos aficionados a la caza, querida.

—Pop, ayer encontré a Adrián limpiando un magnífico fusil de gran alcance. Entonces fue, cuando me enteré de su afición, cosa que desconocía hasta ahora. Me habló entusiasmado del asunto y me relató sus proezas...

—Cazadores y pescadores, cuando relatan sus hazañas, no acaban nunca. Una trucha de quince centímetros se convierte en un salmón de diez kilos de peso y un modesto conejo aparece como un ciervo de doce puntas —sonrió el joven.

—Bueno, Pop, en eso estoy de acuerdo. Cazadores y pescadores, siempre exageran. Pero ahora, dime con sinceridad. Imagínate que tú eres aficionado a la caza y que alardeas, de tus hazañas. Apuesto algo bueno a que tendrías en casa algunos trofeos, una cabeza de ciervo disecada, por ejemplo, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Bien, ahora llegarnos a lo que quería decirte al principio y no sabía cómo hacerlo. —Fanny inspiró profundamente—. Pop, en toda la casa de los MacFergus no hay un solo trofeo de caza ni nada, salvo el fusil, que indique las aficiones de Adrián a este deporte.

CAPÍTULO XI

Quarry acompañó a la muchacha hasta la puerta.

—Recuerda —dijo—. Vida normal. No hagas nada que pueda provocar las sospechas de tu prometido. Fanny asintió.

—Me disgusta tener que engañarle...

—Si lo que pensamos es cierto, entonces el primero en engañar a alguien ha sido él —alegó Quarry—. Sigue como si no hubiera pasado nada, no menciones la caza, a menos que lo haga él... y muéstrate de acuerdo en montar la galería de arte, pero después de la boda. Repito: absoluta normalidad.

—Lo haré, Pop. —Fanny sonrió—. Ahora me siento mucho más tranquila.

—Lo celebro. Y si llegasen a enterarse de que me has visto, es porque querías mi consejo en lo referente a la galería de arte. Apruebo el asunto, ¿entiendes?

—Sí, desde luego.

—Lláname dentro de un par de días; o ven a visitarme, como te parezca mejor.

Fanny se marchó. Quarry quedó en la puerta, muy pensativo, hasta que vio desaparecer su coche en la próxima curva. Luego volvió a casa y se puso a estudiar un plan que le permitiese llegar al conocimiento definitivo de las intenciones de Adrián MacFergus.

Dos días más tarde, vio a June, la doncella, que salía de la residencia de los MacFergus. Había parado su coche en un lugar discreto y, cuando June pasaba por su lado, abrió la portezuela.

—¿Taxi, señora?

June se volvió y lanzó una alegre exclamación al ver a Quarry.

—Usted...

—¿No quiere entrar?

La doncella se acomodó en el asiento.

—Hoy es mi día libre —manifestó.

—Magnífico —exclamó Quarry—. Yo tampoco tengo nada que hacer. ¿Me permite invitarla a almorzar?

—Bueno...

—¿Qué le pasa? ¿Sospecha de mis intenciones? June se echó a reír.

—Saltan a la vista, señor Quarry —contestó—. Pero me siento halagada.

—Gracias.

—Lo que quería decirle es que pensaba comprarme algo de ropa.

—Puedo acompañarla. Siempre quedará tiempo para almorzar después.

—Es que antes tengo que ir al Banco.

—¿Necesita dinero?

—Sí. Y eso que el otro día ingresé el sueldo casi completo. Tengo una modesta cuenta de ahorros, ¿sabe?

—Mujer prudente —elogió Quarry—. Bien, la acompañaré al Banco, luego a comprar la ropa que necesite y después, a almorzar.

—Aunque, pensándolo bien —añadió June—, la ropa podría esperar a la semana próxima.

—Usted decide —dijo él.

Los ojos de la doncella chispearon.

—Lléveme a almorzar —exclamó.

Fue una velada muy agradable, celebrada en el reservado de un discreto restaurante que Quarry conocía muy bien. June, sin embargo, resultó ser menos asequible que lo que había pensado, ya que sólo permitió un par de besos y no precisamente calurosos. Sin mostrarse gazmoña, le dio a entender que no era una mujer fácil.

Al terminar, ella dijo que necesitaba ir al tocador. Abrió su bolso y sacó una carterita con los útiles de belleza. Apenas se hubo quedado solo, Quarry abrió el bolso y extrajo de su interior una libreta de cuenta de ahorros, que examinó rápidamente.

Estaba a nombre de June Williams y el saldo ascendía a casi quinientos dólares. La última anotación correspondía exactamente al día en que la había visto acudir al Sea and Land Bank.

Cuando la joven volvió, Quarry le hizo una pregunta:

—June, dígame, ¿es cierto que el señor MacFergus, hijo, es

aficionado a la caza? Ella soltó una risita.

—Sí, de piezas con faldas —contestó maliciosamente.

* * *

Repasaba con gran cuidado todo lo que había averiguado hasta el momento, esforzándose por recordar hasta el menor detalle de cuantos incidentes conocía o le habían sucedido. En alguna parte, se dijo, estaba la solución.

—Es más, la tengo delante de las narices, pero no sé verla —se dijo, muy frustrado.

La clave del asunto estaba en la billetera perdida. Tal vez Beryl se había visto perseguida y, al huir con demasiada precipitación, la había perdido, sin advertirlo. Pero había ciertos enigmas que aún no habían recibido la explicación adecuada.

El millón de dólares... Sabía dónde estaba, pero era lo mismo que si el Banco estuviese en la Luna. Simplemente, no podía alcanzarlos.

Y Beryl, que seguía viva y escondida en alguna parte, sin que los esfuerzos realizados hasta el momento hubiesen dado el fruto apetecido.

En cuanto a la afición de Adrián por la caza, resultaba bastante extraño. Aunque, de pronto, recordó cierto disparo hecho desde larga distancia.

—No, por lo menos, fueron dos —exclamó de pronto.

Russell y Devest, dos hombres muertos de sendos balazos, disparados desde más de cien metros y con una puntería mortífera. Para cada víctima, el asesino había empleado solamente un proyectil.

Sentado ante su mesa, apoyó los codos y puso las manos en la frente, cerrando los ojos, como si quisiera concentrarse con mayor profundidad aún. Se esforzó por recordar todas y cada una de las palabras que había podido escuchar a Adrián MacFergus. Una y otra vez, rememoró cada minuto de sus entrevistas con el prometido de Fanny.

Y, de súbito, encontró la solución. Fue como un fogonazo en una noche completamente oscura:

—Sí, es él, no cabe la menor duda —exclamó.

Sobre todo, si tenía en cuenta los informes obtenidos en los dos días precedentes.

Ahora ya no cabía ninguna duda. Sin embargo, precisaba demostrarlo y se preguntó qué método podría emplear para conseguir sus propósitos.

No tardó mucho en encontrar la solución.

Además, Fanny le ayudó, aunque inconscientemente, porque le llamó apenas medio minuto después.

—Pop, ¿tienes noticias? —preguntó la chica.

—En cierto modo, pero necesito tu colaboración —dijo él.

—Desde luego. ¿Qué es lo que he de hacer? Quarry se lo explicó. Fanny vaciló un poco.

—¿Tú crees? —dijo, dubitativa.

—Soy tu asesor, ¿no?

—Sí, está bien, de acuerdo —accedió ella finalmente—. ¿Cuándo? Quarry consultó su reloj.

—¿Te parece bien esta tarde? Pasaría a buscarte...

—Conforme. Estaré lista a las tres, Pop.

—Pero no anuncies nuestra visita, Prefiero la sorpresa.

—Como tú digas. Lo haré tal como dices.

—Gracias, Fanny.

Quarry colgó el teléfono y, retrepándose en el sillón, juntó las yemas de los dedos de ambas manos, con expresión complacida. Y, de pronto, recordó otro detalle que le hizo ver las cosas todavía mucho más claras.

—Yo también iré de caza ésta, tarde —murmuró.

* * *

June abrió la puerta y expresó sorpresa al ver a la pareja que estaba en el umbral.

—Señorita... Señor Quarry...

—Hola, June —saludó Fanny—. ¿Podemos pasar?

—Por supuesto, pero su prometido no está ahora...

—No importa, le esperaremos.

—Muy bien, como guste. Anunciaré su visita a la señora. Su prometido salió con el señor MacFergus...

¿Quieren que les sirva algo?

—No, gracias, June.

La doncella les condujo al salón. Livia vino instantes más tarde.

—¡Qué sorpresa, tan agradable! —exclamó—. ¿Cómo te encuentras, querida? —Besó a Fanny en ambas mejillas y tendió la mano a Quarry—. ¿Qué tal, Pop?

—Tan guapa como siempre, Livia —elogió él.

—Exageras —rió la joven—. Fanny, ¿querías algo?

—Sí, necesito hablar con tu hermano —respondió la aludida—. Pedí al señor Quarry que me acompañase. Es mi asesor financiero, recuerda.

—Oh, sí, claro, claro... Pop, ¿quiere montar ella algún negocio?

—Con tú hermano. Una galería de arte, tengo entendido. Pero me gustaría discutir los términos financieros de la operación, para poder redactar el contrato adecuadamente y que luego no haya lugar a equívocos:

—Es lo mejor, desde luego.

Rose MacFergus entró en aquel momento y saludó efusivamente a la muchacha.

—Hija mía... Señor Quarry, celebro mucho tenerle de nuevo en mi casa.

El joven besó la mano de la señora MacFergus y murmuró unas frases de cortesía.

—Mi esposo y Adrián no tardarán mucho en llegar —dijo la mujer—. Entretanto, ¿no quieren tomar algo?

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. En el vestíbulo se oyeron los tacones de los zapatos de June.

Voces masculinas llegaron hasta los congregados. Quarry oyó claramente a Adrián:

—¿Mi prometida está aquí? ¿Con el señor Quarry?

—Así es, señor —contestó la doncella.

—¿Qué les pasará?

—Ahora lo sabremos, hijo —contestó el señor MacFergus.

Momentos más tarde, los dos hombres entraban en el salón. Adrián se fue hacia Fanny y la besó afectuosamente. Su padre tendió la mano al joven.

—Es un placer tenerle en casa, señor Quarry —dijo—. ¿Podemos serle útiles en algo?

—Bueno, el asunto que me ha traído aquí se refiere a su hijo,

aunque me imagino que no tendrá inconveniente en que lo discutamos delante de ustedes.

—La galería de arte, Adrián —añadió Fanny.

—¡Ah, sí! —exclamó el prometido de la muchacha—. ¿Ocurre algo? ¿Hay inconvenientes?

—Ninguno —respondió Fanny—. Solamente dije al señor Quarry que me acompañase, puesto que como mi asesor legal, necesitaba de su consejo.

—Nada más lógico, cariño. ¿Aprueba tu asesor ese negocio? Adrián miraba a Quarry al hacer la pregunta. El joven sonrió.

—En principio, parece un negocio excelente. Sin embargo, creo mi deber formular alguna objeción.

—¿En qué sentido? —preguntó Adrián con cierto tonillo impertinente—. Una galería de arte siempre es un magnífico negocio...

—Cuando está dirigido por un verdadero experto y no por una estudiante que sólo tiene dos cursos de arte.

—Si fuese necesario, contrataríamos a expertos...

—¿Sólo con treinta mil dólares de capital inicial? Quince mil suyos y quince mil de Fanny, ¿no es cierto? Adrián se irguió orgullosamente.

—No nos importa que nuestros comienzos sean modestos. Pero con honradez y sinceridad para los clientes, adquiriremos reputación y...

—¿Y cómo piensa conseguir los cuadros? ¿Cazándolos, como los ciervos y venados que dice haber cazado con el fusil que tiene por algún rincón de esta casa?

Después de las palabras de Quarry, sobrevino un helado silencio.

* * *

Livia estaba sentada junto a su madre y se atiesó bruscamente. El señor MacFergus entornó los ojos.

Adrián, en pie, junto a la butaca ocupada por su padre, clavó las uñas de su mano derecha en el respaldo. Fanny estaba frente a él y le miró ansiosamente.

—Soy aficionado a la caza; en efecto —dijo Adrián, el primero en romper el silencio.

—Y, seguramente, su primera presa fue una tal Nancy Brooke, a la que confundió con Beryl Pawin.

—No sé de qué me está hablando...

—Adrián, a estas alturas, es inútil seguir fingiendo —dijo el joven tranquilamente—. He hecho indagaciones sobre la Compañía de Inversiones MacFergus. Es cierto que está registrada legalmente, pero no es menos cierto también que, después de unos inicios no muy prometedores, acabó por entrar en barrena, debido a la escasez de clientes. Aun así, los pocos que les quedaban mostraron claramente su desconfianza y algunos, como Russell, decidieron retirar los fondos invertidos, cosa que no les beneficiaba en absoluto.

—¿Y qué? Una persona puede iniciar un negocio y si no le va bien...

—Cuando alguien emprende un negocio y fracasa, no tiene por qué sentirse avergonzado, si ha actuado con honradez, caso en el que no se encuentran comprendidos ningún miembro de la familia MacFergus.

Livia se irguió vivamente.

—¡Pop! No te consiento...

—Será mejor que te calles —cortó el joven severamente—. Todo lo que he dicho, todo lo que voy a decir, es rigurosamente cierto. La compañía fracasó, no hay por qué negarlo ni, insisto, sentirse avergonzado. Los reproches vienen para lo que sucedió después, presumiblemente, cuando alguien se enteró y quiso hacerles chantaje. Una tal Beryl Pawin, si no me equivoco, quien, además, había invertido algo de dinero y vio que le volaba.

»Beryl era una veterana del chantaje y ustedes, aunque accedieron en un principio, se dieron cuenta de que no podían seguir así eternamente. También se percataron del excelente negocio que había montado la Pawin y pensaron que podían apropiárselo. Pero necesitaban algo y eran sus archivos. Entonces fue cuando se acordó su muerte.

»Ella no era tonta y sospechó de sus intenciones. Entonces, habló con una antigua conocida suya y la persuadió para que fuese a su apartamento una temporada. Nancy Brooke andaba más bien escasa de fondos y se dejó convencer. Alguien fue entonces y, confundiéndola con Beryl, gracias a su relativo parecido físico, le

pegó un tiro. Y luego registró la casa a fondo y, lo que es más sorprendente, encontró los “archivos” de Beryl, cosa que ella creía imposible.

—Una historia absurda —calificó Adrián con un gruñido.

—No, no lo es —contradijo Quarry—. Ustedes decidieron continuar con el negocio de Beryl, pero entonces tropezaron con ciertos inconvenientes, Russell el primero de ellos, puesto que no sólo le debían dinero, sino que pretendían que les diese aún más, para no destapar ciertos asuntos suyos muy poco claros. Y, como una especie de escarmiento para posibles «morosos», decidieron eliminarle del mundo de los vivos. Naturalmente, Adrián no podría poner la cabeza disecada de Russell sobre la repisa de la chimenea, como un trofeo de cabeza.

Adrián hizo un esfuerzo para hablar.

—¿Y cómo diablos llegó a saber que yo...?

La voz dulce de Jane, cortés, sonó en aquel momento.

—Con el permiso del señor... Traigo café...

—Entre y lárguese —gruñó Frank MacFergus.

CAPÍTULO XII

Jane dejó la bandeja sobre la mesita central y llenó las tazas parsimoniosamente. Cuando iba a servir la de Fanny, hizo un ademán algo brusco y la volcó con su contenido.

—Oh, señorita, perdone... Traeré otra taza...

—No, váyase de una vez —dijo Livia coléricamente.

—Yo no tengo ganas de café —declaró Quarry.

—Preferiría una copa de algo —dijo Fanny débilmente. Pero nadie la hizo el menor caso. Adrián movió un poco la taza que sostenía con su mano derecha.

—Sigamos, Quarry. ¿Qué le hizo saber que yo había disparado contra Russell?

—No fue su única pieza —contestó el joven serenamente—. Usted dijo en cierta ocasión que Beryl estaba viva. No tenía por qué saberlo, puesto que los periódicos habían dado la noticia primeramente, y luego ya no se preocuparon de aclarar la identidad de la auténtica víctima. Eso, su supuesta afición a la caza y el desastroso estado de las finanzas de la Compañía MacFergus fueron detalles que, al fin, acabaron por ponerme sobre la pista del verdadero asesino.

»Pero, al mismo tiempo, para continuar en el negocio, necesitaban los confidentes de Beryl. Lita Rowan se negó y usted, para evitar sospechas, la estranguló. Por eso, aquel día, se retrasó diez minutos en la cita con Fanny. Venía de casa de Lita, a la que había asesinado después de entrevistarme yo con ella.

»Por otra parte, Ortiz y Avery, cada uno por su lado, buscaban también algo muy importante, un millón de dólares, que Beryl había ido reuniendo a lo largo de años de fructuoso “negocio”. Y a ustedes también les interesaba esa enorme suma de dinero, lo

mismo que a Nate Devest, que fue el que asesinó a Ortiz en Eastside Lake. Usted iba por lo mismo y cuando vio que Devest intentaba escapar con el bote, le disparó con el fusil, a fin de eliminar un competidor.

»Harry Wiles era el que había robado los negativos del laboratorio de Higara. Usted, Adrián, como Jim Jones, debió de recibir algún mensaje de Wiles pidiéndole dinero por su silencio. Otra boca que cerrar, con la pistola y el silenciador que usaba, cuando no empleaba el rifle. La misma pistola que sirvió para eliminar a Avery, cuando estaba a punto de decirme el lugar en que se hallaba el millón de dólares. Eso es algo que les tiene muy frustrados, pero que no han conseguido apoderarse de ese dinero, pese a saber dónde estaba guardado.

—¿Lo tienes tú? —preguntó Livia, despechada.

—No, aunque sí sé dónde está ahora. De repente, Adrián sacó una pistola.

Fanny lanzó un grito de susto. Quarry contempló tranquilamente el arma que le apuntaba al cuerpo, con el cañón prolongado por el silenciador.

—La policía hará la adecuada comparación balística —dijo el joven sin amilanarse—. Dos balas quedaron en sendos cuerpos de las víctimas, me refiero, claro, a Harry el Chato y a Avery. En cuanto al fusil...

—Quarry, basta de charla —cortó Adrián exasperadamente—. El dinero, dígame dónde está o le mato aquí mismo.

—Si me mata, no podré decírselo —contestó el joven.

—Puedo herirle en una pierna... Quarry ignoró las palabras de Adrián.

—Livia, ¿fuiste tú la que me golpeó cuando estaba en casa de Beryl? La joven asintió.

—Habíamos ido los dos —admitió—. Luego arreglamos el apartamento y nos llevamos el cuerpo de Nancy en una cesta para ropa.

—Es un punto que me tenía muy intrigado. Gracias. Adrián volvió a mover la pistola.

—No se lo repetiré más Quarry. Le aseguro que una rodilla destrozada por una bala duele mucho. De pronto, se oyó un quejido, agudo, largo, lamentoso.

Quarry volvió la cabeza. Rose MacFergus tenía la mano en la garganta y se estremecía convulsivamente.

—¡Mamá! —gritó Livia.

Fue a levantarse, pero, de pronto, le fallaron las fuerzas y quedó a gatas sobre la alfombra.

En su butaca, Frank MacFergus estaba poseído por una serie de violentos espasmos, que sacudían su cuerpo de pies a cabeza. Tenía los ojos en blanco y había una espumilla levemente azulada en su boca.

Los dedos de Adrián perdieron su fuerza. La pistola cayó al suelo casi sin hacer ruido, al chocar contra la espesa alfombra.

Un ronco grito brotó de sus labios, mientras se llevaba ambas manos a la garganta. Fanny, horrorizada, se levantó de un salto y corrió, tras la butaca, como procurándose un refugio contra aquella serie de cosas que sucedían incomprensiblemente. Quarry frunció el ceño. De pronto, agarró una de las tazas vacías y olfateó los restos de café que quedaban.

Un débil olor a almendras amargas asaltó de inmediato su pituitaria. Espeluznado, contempló el horrendo espectáculo que se ofrecía ante sus pupilas.

Los dos esposos habían dejado de moverse, aunque todavía respiraban estentóreamente. Sin embargo, era evidente que ya no tenían salvación.

Livia, en el suelo estaba hecha un ovillo, todavía a gatas, aunque con la cabeza casi oculta en las rodillas. De pronto, emitió un horrible ronquido y se volcó de costado.

Adrián se desplomó bruscamente. Cayó sobre la mesa y la volcó con gran estrépito de tazas y platos. Levantó una mano, como si pidiera ayuda, pero las fuerzas le fallaron de pronto y hundió la cara en la alfombra.

Fanny se sentía al borde de un ataque de histeria. Quarry, por su parte, no acababa de reaccionar.

De súbito, adivinó la verdad; inclinándose, cogió la pistola que yacía en el suelo y corrió hacia el vestíbulo.

La puerta estaba abierta de par en par. Dio unos saltos y alcanzó el umbral, justo en el momento en que una mujer, cargada con una bolsa de viaje de gran tamaño, corría hacia uno de los automóviles estacionados ante la casa.

La bolsa pesaba bastante y ello dificultaba considerablemente los movimientos de Jane. Quarry alzó, la pistola, y apuntó con todo cuidado.

—¡Beryl, deténgase! —gritó.

* * *

La doncella se paró junto al coche rojo, que había pertenecido a Adrián. Quarry avanzó lentamente hacia ella.

Fanny había salido al jardín y presenciaba la escena, sin dar crédito a sus ojos. Beryl se volvió y le dirigió al joven una furiosa mirada.

—Maldita sea, Quarry... ¿Por qué me detiene? —preguntó airadamente. El joven avanzó despacio hacia la falsa sirvienta.

—Un disfraz muy inteligente —dijo—: Todos buscaban a Beryl Pawin, pero nadie podía imaginarse qué la estaban viendo constantemente a todas horas. Un ligero relleno en las mejillas, pechos y caderas, una peluca negra, unas lentillas para alterar el color de las pupilas... Muy muy inteligente, de verdad.

—Sin embargo, usted ha sabido averiguarlo. ¿Cuál fue mi error?

—La libreta de ahorros. Es relativamente reciente y los ingresos escasos.

—El sueldo de una criada.

—Sí, de acuerdo, pero de una criada que lleva muy poco tiempo sirviendo en una casa determinada. Pocas semanas, aunque es preciso reconocer qué era un buen ardid, para poder ir al Sea and Land Bank sin que nadie sospeche de ti. En el Banco, naturalmente, no le concedían ninguna importancia a tu nuevo aspecto; lo que les interesaba era la firma y la llave de la caja número 234 251.

¿Me equivoco, Beryl?

—Aciertas de pleno —contestó ella con los labios contraídos—. ¿Sólo cometí ese error?

—Bueno... cuando estuvimos almorzando... te mostraste bastante reticente... No permitías que te abrazara, apenas roce tus labios un par de veces y... En fin, que no querías que yo advirtiese ciertas zonas artificialmente abultadas. Entonces no lo aprecié, claro, pero luego, al recordar el detalle de la cuenta de ahorros...

—Sí, todo encajaba.

—Y aquel día en que te vi, fuiste a retirar el millón de dólares. Beryl asintió.

—He estado preparándolo todo. Tengo un avión alquilado para viajar a México. De allí...

—Beryl, ¿por qué pedías siempre billetes de mil?

—Es lo mejor. Abultan mucho menos y un billete de mil evita muchas preguntas indiscretas.

—En eso estás equivocada. No hay Banco en el extranjero que no haga discretas insinuaciones acerca del cliente que utiliza billetes de denominación tan elevada. A la larga, te habrían detenido.

—Según qué países... y los empleados de Banca no son insensibles al dinero y a los encantos femeninos —sonrió ella.

—Sí, es verdad —admitió Quarry—. Beryl, ¿por qué has usado cianuro potásico? En los ojos de la mujer apareció de pronto un vivo centelleo.

—Los odiaba —dijo—. Quisieron asesinarme, me buscaban como locos, se habían apoderado de unos archivos, que yo había conseguido a lo largo de años de trabajo... Además, un día podían descubrirme...

—Entonces, ¿por qué te empleaste como doncella? Beryl golpeó la bolsa con una mano.

—Tenía que descubrir dónde habían escondido mis archivos. Me costó bastante, pero de nuevo los tengo en mi poder.

—¿Piensas utilizarlos algún día?

—Nunca dejarán de tener utilidad.

Hubo un instante de silencio. Luego, Beryl sonrió.

—Volqué la taza de Fanny deliberadamente; no quería que le sucediera nada —añadió.

—¿Y si yo hubiera tomado café?

—No había veneno en tu taza.

Ella continuaba mirándole. De pronto, movió los brazos a la vez y, con ambas manos sujetando las asas de la bolsa, le golpeó en el pecho y el antebrazo simultáneamente.

Sorprendido, Quarry trastabilló y cayó de espaldas. Beryl, con gran rapidez, se apoderó de la pistola y retrocedió hasta el coche.

—No intentes seguirme —dijo—. Te perdoné la vida una vez. No

lo repetiré.

Beryl retrocedió, casi arrastrando la bolsa, que lanzó al interior del coche. A continuación, se sentó tras el volante, hizo girar la llave de contacto y piso a fondo el acelerador.

La portezuela se cerró con la brusca arrancada del coche. Frustrado, Quarry empezó a levantarse. Detrás de él, sonó la voz de Fanny, extrañamente tranquila:

—No iré muy lejos. Pop; he avisado a la policía —anunció la chica.

El coche ganaba velocidad a cada segundo que transcurría. Quarry lo vio alcanzar la salida del jardín. En el mismo instante, un automóvil de patrulla viraba para entrar en la residencia.

Beryl vio el choque inminente y se desvió con brusquedad a su derecha. Su automóvil rozó violentamente con el de los policías y ella perdió el control. Lanzado a más de cien kilómetros a la hora, el coche cruzó la carretera inmediata y se encaminó velozmente hacia una de las gruesas palmeras que bordeaban la ruta. Desesperada, Beryl quiso evitar la nueva colisión y volvió a girar el volante con tremenda brusquedad.

El coche volcó, se arrastró de costado unos metros, despidiendo una estela de chispas; a la vez que emitía unos horribles chirridos y terminó por dar la vuelta y golpear de costado contra un poste de telégrafos, que se partió con tremendo crujido. Una llamita surgió de inmediato en las proximidades del depósito de gasolina.

Los policías se apearon, y corrieron hacia el lugar del accidente. De súbito, brotó una terrible llamarada y se oyó un fuerte estampido.

Quarry meneó la cabeza. Beryl no había podido salir del coche, sin duda aturdida, o inconsciente por el vuelco. Las llamas envolvieron el automóvil casi instantáneamente. Quarry suspiró.

—Una poco agradable forma de gastar un millón de dólares, —dijo.

* * *

Estaba en cuclillas, arreglando un rollo de cuerda en la cubierta, cuando oyó la voz de Fanny desde el muelle:

—¿Es tu barquillo, Pop? Quarry alzó la cabeza y sonrió.

—No es el Pacific Princess, pero tiene un camarote, baño, cocina y otras comodidades —contestó.

—¿Piensas emprender un crucero?

—No será muy largo. Sólo quiero comprobar algunas modificaciones que le hice en el velamen. Apenas estaré fuera una semana. Tengo trabajo, ¿sabes?

Fanny vestía una blusa de color azul, con vivos blancos, y pantalones a juego.

—Me preguntaba si necesitarías un tripulante —sonrió.

—¿Entiendes de barcos?

—Nada, en absoluto.

—Entonces, tendrás que empezar de grumete.

—No me importa. Es la mejor forma de aprender. Quarry se incorporó.

—Estás enrolada. Pasa a bordo —dijo. Tendió una mano y Fanny saltó ágilmente.

—De modo que, cuando te conocí, acababas de volver de uno de tus viajes y por eso tenías aspecto de mendigo —exclamó.

El joven se echó a reír.

—Vine antes de lo previsto, por eso no me esperaba Simón con el coche. En realidad, me había pasado dos semanas en el mar, pero no todo el tiempo lo dediqué a la navegación: A veces, echaba el ancla en algún lugar solitario y me dedicaba al estudio de los problemas de Emil Barley, mi socio en una de las empresas, de la que también soy asesor. Suelo hacerlo cuando me veo enfrentado a problemas de difícil solución y me va bastante bien.

—No me cabe la menor duda —repuso Fanny—. ¿Solucionaste al fin el problema?

—La empresa está otra vez a flote y el estafador que pretendía torpedearla, en la cárcel. Fanny se mordió los labios.

—Así pudiste averiguar tantas cosas de los MacFergus —dijo.

—La profesión me sirvió de mucho, debo admitirlo. Y no es por alabarme, pero cuando se actúa honradamente, todas las puertas están abiertas.

—Comprendo. Tú tenías razón —suspiró la chica—. Yo estaba deslumbrada...

—La verdad, eres muy hermosa. Yo también comprendo a Adrián.

—Sí, pero eso no le impedía matar a la gente.

—Habían llegado ya a una situación de la que no podían salir si no era mediante el crimen. O se declaraban en quiebra, cosa que, como puedes figurarte no les ofrecía la menor perspectiva.

Fanny se pasó una mano por el cabello.

—El clan de los asesinos —murmuró—. Todos estaban de acuerdo...

—Será mejor que empieces a olvidar. Recordar el pasado, a veces, es muy desagradable.

—¿Puedo esperar un futuro mejor?

—Si te alistas en mi barco, si, desde luego.

—Me has admitido como grumete.

Quarry soltó la última estacha y se acercó al puente, para dar el contacto al motor auxiliar.

—Ven aquí —llamó.

Fanny acudió a su lado. Él pasó un brazo por su cintura.

—Saldremos navegando a motor —dijo—. Luego izaré las velas. Te gustará.

—Y tú me enseñarás.

—Sí. Oye, si te parece bien, tengo un amigo que dirige una auténtica y afamada galería de arte. Podría darte un empleo...

—Pero ¿no me habías admitido como tripulante?

—Bueno, ese empleo es para cuando estés en puerto.

—¿Y no me ofreces otro? Quarry sonrió.

—Te lo ofreceré en alta mar —contestó—. Un puesto mejor que el de grumete. ¿Te conviene?

—Como me imagino cuál es, tengo que responder afirmativamente —dijo Fanny.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.